

**CATULLE MENDÈS**  
**(1841-1909)**



**PARA LEER EN LA  
BAÑERA**

Título Original: *Pour lire au bain.*

Edición original: C. Marpon et E. Flammarion. París. 1890

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2008. En exclusividad para  
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

*¿Verdad que para vosotras, exquisitas parisinas, la hora del baño es el momento más agradable del día? incluso mejor que el de...*

*En ese pequeño recinto empapelado con sedas estampadas o trenzados dorados, bajo el afortunado espejo de pared que refleja el desorden por aquí y por allá de las faldas todavía vaporosas, de las medias de seda negra colgadas en el respaldo de la silla y de la blusa arrugada cuyos pliegues se multiplican, os abandonáis, con delicioso desmayo, al tibio abrazo del agua; lánguidas y sumidas en una ensoñación hecha sin duda de esperanzas, tal vez de reminiscencias, mientras que de la bañera de níveo alabastro o de porcelana rosa encastrada, emana un vaho de fragancias que son la vaporización de vuestro propio cuerpo embriagándoos de vosotras mismas. Con los ojos a medio cerrar, el corazón entregado; no quedándose dormidas sino sumidas en una completa ensoñación, en un lento sueño donde se mezclan, en una bruma que los idealiza vagamente, el último paseo matinal por el Bosque, casi una cita, la visita a la costurera – ¡Qué bien nos sienta ese vestido de terciopelo azul pálido estampado de flores de acacia! – el baile de Madame de Soïnoff donde la princesa estaba pésimamente vestida, y los valeses del cotillón, menos ceremoniosos, cuando los brazos se estrechan con un poco más de presión, cuando los alientos están más próximos, esos valeses que, aún finalizados, permiten mantener las manos cogidas. A veces también pasa por vuestra mente el rostro de un apuesto joven, con labios sonrientes y ojos por los que deben fluir muy bien las lágrimas. ¡Ah! ¡Si estuviese allí el que os ama, allí, ante vosotras, arrodillado y extendiendo los brazos, balbuceando divinas palabras suplicantes! En el infinito bienestar donde se fusionan vuestro cuerpo y vuestra alma, cierta apatía os aconseja asentir a mudos consentimientos, a abandonos que os hacen cerrar los ojos. ¡Ah! ¡Si él estuviese allí! Vosotras no huís del agua amorosa que os cubre completamente con una sola caricia. No oponéis ninguna resistencia. Os dejáis llevar por el éxtasis. Aceptáis vuestra derrota con tanta o más feliz indolencia que, como sabéis que no es real y que vuestro pudor se acomoda a una culpa quimérica, no por ello parece menos dulce, y, tiernamente lánguidas, con las temblorosas pestañas bajo vuestras apagadas pupilas vais saliendo pesadamente de ese sueño moviendo levemente la cabeza y con una mano apoyada en el borde de la bañera.*

*Entonces, algunas veces, tras acabar el sueño, en el reposo del espíritu agotado por la ilusión, ¡qué agradable sería leer un libro! Esas brutales novelas alterarían vuestra delicada languidez poniéndoos de manifiesto una humanidad moderna sangrante o mancillada de fango. La obra digna de que sus páginas sean pasadas por vuestros bonitos dedos mojados, debería ser semejante a vuestra propia ensoñación, prolongándola sin distraerla. Ni muy ambiciosa ni muy larga, sino formada por cuentos cortos – Vuestra doncella ya golpea a la puerta diciendo: «Señora, ¿quiere salir del baño? » – sería deseable que fuese suavemente vaga, un poco triste, y tan tierna, desde luego mundana, también poética y por momentos perversa, ya que vosotras sois muy sutiles, casta en lo posible, porque vosotras en efecto sois muy castas, siempre amorosa y que sepa combinar algunos relatos inocentes con otras historias más atrevidas; pues el agua de la bañera, agitada por vuestras risas, provoca un bonito chapoteo contra la porcelana rosa encastrada o el níveo alabastro. Pero ese libro, que yo trataré en vano de escribir, ¿qué poeta tan femenino como el divino Amaru<sup>1</sup>, cuya alma se había reencarnado en los cuerpos de cien mujeres, os lo dará? ¡oh, exquisitas parisinas, que saldréis del agua salpicando claras gotas, perlas por haberos tocado, lágrimas por haberlas abandonado!*

<sup>1</sup> Amaru, poeta hindú del siglo V d.c. (N. del T.)

## EL DUELO

Mariette y Marianne decidieron saldar su disputa en un duelo a muerte. ¡De tal modo la situación se hacía insoportable! Dado que su amante no quería renunciar ni a una ni a otra, –¡oh, cómo lo odio, y cuánto lo envidio! – y puesto que no podían resignarse a compartirlo, lo mejor era recurrir a un desenlace sangriento. A Marianne o a Mariette pertenecería por completo el viudo de Mariette o Marianne. ¡Así sería! ¡No había más que hablar! ¿Las armas? floretes, ¿el lugar? ese mismo salón, testigo de la provocación, y, durante algunos segundos, de las figuras de las dos combatientes reflejadas en los dos espejos de Venecia adornados con blanca vegetación donde podían verse dos Colombinas besando la máscara de Arlequín.

En un instante se quitaron la ropa. Marianne no tenía puesta más que una camisa blanca de encajes de Alençon y su pantalón de seda rosa; Mariette solo vestía su camisa de encajes de Malines y su pantalón de seda azul.

¡En guardia!

Se saludaron ceremoniosamente antes de cruzar los hierros.

Estaban con los hombros y los brazos al desnudo, con una firme rigidez del pecho bajo la transparente y blanca tela; – tan bellas y tan deliciosamente seductoras. Aunque una de ellas, en breves instantes, se convertiría en una forma muerta y fría a la que nadie besaría y que, a partir de ese momento, ya no despertaría más pasiones.

Debido a su propia belleza, la rabia invadió sus corazones, aunque con menos violencia en Marianne que, admirando a su adversaria, tenía la mirada dulce.

¡En guardia! Los floretes se cruzaron. Fue un combate tenaz, encarnizado, encantador. Los pequeños pies, embutidos en zapatillas con perlas, golpeaban la alfombra, los golpes al aire exageraban las formas bajo los pantalones, los brazos se tensaban y los jadeos salían de sus bonitas gargantas...

Marianne profirió un grito.

Había creído ver sangre, ¡una gota de sangre en el pecho de su rival! Sin duda alguna la habría herido, tal vez matado. Arrojó al suelo su arma, precipitándose sobre Mariette, e invadida por el arrepentimiento comenzó a besar, llorando, la herida que le había infligido. Tal vez, pensaba, – debido a algunas lecturas recordadas – que podría curar a su víctima sorbiendo la sangre de la llaga. Estaba tanto o más convencida de ello, toda vez que creía que en ese momento Mariette parecía no experimentar ningún

dolor; más bien respiraba con normalidad aunque un poco jadeante. Sin embargo algo llamó la atención a Marianne; no sentía en sus labios la humedad de la sangre. Se echó hacia atrás, miró y sonrió... La herida que había besado era, a través de la blusa, ¡el pezón de Mariette!

## NIDOS VACÍOS

Por la ventana abierta al sol invernal, mientras el fuego ardía en la chimenea, los dos miraban pasar las nubes por el cielo, lentas y pesadas, con la indolencia de enormes bestias blancas que se revolcarían en la nieve y se lavarían en el arroyo. La pendiente del río, brillante como una tela de satén, se prolongaba entre los esqueletos de los árboles de la amplia avenida hasta el estanque que tenía el aspecto, un poco inclinada, de una muy fina media luna azul. Las colinas, más abajo, donde se elevaban bajo la bruma de los bosques de delgadas ramas, conformaban un lejano infinito, vago y fresco; y las llamas de los leños, entre los cortinajes, proporcionaban en torno a ellos, muy cerca de ellos, un calor íntimo de estancia. Estaban en su casa, en presencia de todo el espacio. Allí, toda la naturaleza, aquí, ellos solos. ¡Qué bella es la inmensidad celeste, tan pura y diáfana que a veces esperamos que se nos aparezcan ángeles! ¡Qué dulce es el recogimiento tierno de dos corazones en la estrechez acariciadora de la habitación amada! Los pequeños paraísos bien valen los grandes cielos. ¡Buenos días, Dios! y se besaban en los labios. Pero, porque ella llevó la hipocresía de la inocencia, –¡ah, maldita!– hasta la ingenuidad perfecta, de pronto dijo, con un pequeño golpe en la mesa: «Quiero ir a buscar pájaros en los bosques.» Él no puso más impedimento que el que estaban en invierno y que no había ni hojas en los árboles ni pájaros en los nidos. Desde hacía tiempo él había perdido el hábito de resistir, incluso de pensar en los caprichos de la atroz chiquilla; a cada uno de los caprichos de Juliette él respondía: «¡Oh, Señor!». Enseguida, con mucha ropa de abrigo, ella corrió, mientras él la seguía a lo largo del pálido sendero, y cuando estuvieron en el bosque formado por oscuras ramas que oscilaban bajo el viento y el frío sol, ella buscó nidos entre la maleza y entre las ramas más bajas, dando brincos y profiriendo grititos de infantil entusiasmo. Encontró unos nidos, pero sin pájaros, nidos de la pasada primavera, donde ni siquiera quedaba una pluma. Continuó buscando; ni un pobre pequeño pinzón sin plumón, ni una curruca medio desnuda, que tiritase abriendo su pico amarillo. «¡Ah! sí, dijo, es que estamos en febrero.» Luego añadió, acurrucándose contra él, mimosa, con aspecto de una niña que tiene miedo de ser golpeada: «¿Soy muy tonta, verdad, y estoy segura que usted se burla de mí?» Pero él respondió con la melancolía de los queridas esperanzas frustradas: «¿Acaso tengo derecho a reírme de vos, Juliette, yo, que bajo la nieve de vuestro

corazón vacío y helado como un nido de invierno, acecho desde hace tanto tiempo, en vano, el despertar del pájaro Amor?»

### LA BUENA AMIGA

¡Toc! ¡toc!

– ¿Quién es?

– ¡Abra!

– ¿A estas horas? Usted está loco, señor. Estoy a punto de acostarme, acabo de dejar sobre el sillón mi camisa bordada de terciopelo rosa, y ya he sacado una de mis medias de seda negra.

– Déjeme a mí sacarle la otra.

– ¡Impertinente! Siga su camino.

– La amo.

– Preferiría que no me amase.

– Estoy dispuesto a morir por usted.

– Que viva o que muera ¿qué puede importarme?

– Soy joven.

– E ingenuo. Anda, váyase.

– Soy apuesto.

– Y presuntuoso. Le digo que se marche.

– Soy rico.

– Y tonto. Váyase ya, o llamo...

– Soy el amante de su amiga Clementine.

– ¡Eh! ¿Por qué no lo ha dicho antes? – dijo la señorita abriendo su puerta.

## EL VELO

Valentín le hablaba en susurros, casi arrodillado, en el coche, y Juliette, acurrucada bajo las pieles, friolera o perezosa, se apartaba, se encogía, inquieta por las manos que trataban de tomar las suyas, o más astutas, bajo el abrigo desabrochado, fingiendo no buscar, encuentran –inocencia hipócrita del azar – uno de los redondos botones de la blusa, de cornalina o de seda, que se desliza y, apenas rozado, sale tan rápido del ojal, sin que de tiempo siquiera a advertirlo. A través de su grueso velo y del cristal empañado por el vaho de los alientos, Juliette miraba con fijación la amplia línea de las fortificaciones que se alza, verdosa, como si la llanura tuviese joroba, mientras Valentin le preguntaba insistente, por qué ella no le ofrecía nada. Sin embargo, poco a poco ella se fue ablandando, la muy ladina, y, sin hacerse demasiado de rogar permitió que le diese un beso sobre uno de sus ojos. ¡Pero un solo beso sobre un solo ojo! y, además, con una firmeza inquebrantable, estipuló que le daría ese beso a través del velo. Él aceptó esa cruel condición, esperando tal vez las delicias cantadas por uno de los versos más encantadores de François Coppée<sup>2</sup>. Entonces ella, resignada, cerró los ojos. ¿Qué podía temer? El grosor del encaje, sobre el párpado cerrado, interceptaría el calor de los labios demasiado apasionados; el candoroso pudor de su piel ignoraría la boca que devora y quema. Eligió el ojo izquierdo. Él la besó tiernamente, largo rato, creyendo que afluirían a sus labios y le entraban en su corazón todos los rayos de una pequeña estrella. Pero Juliette se sorprendía de estar turbada. ¿Cómo era posible que sintiese tan próxima, tan inmediata, la calurosa presión? Estaba completamente segura de que el velo no había sido levantado, pero sobre la mejilla sentía la temblorosa caricia. Se acaloraba cada vez más, penetrada de ternura, invadida de languidez. Él le provocaba un deseo de que ese beso fuese largo, muy largo, más largo todavía. Sus brazos, lentamente, se levantaron con la posibilidad de ceder a un abrazo... Espantada, rechazó a Valentín, y llevó su mano al lugar del beso. ¡Dio un grito de cólera y vergüenza! pues bajo su dedo sentía su parpado sin velo un poco húmedo todavía debido al prolongado ósculo! Valentín, fiel a su promesa, no había levantado el velo, pero, antes de besarla, de un solo mordisco, había desgarrado y tragado el trozo de encaje que defendía y ocultaba la querida estrellita.

---

<sup>2</sup> François Édouard Joachim Coppée; (París, 1842-1908) Poeta y dramaturgo francés. (N. del T.)



### UNA BUENA DECISIÓN

¡Bien! sí, ¡había tomado una decisión! Acudiría a su cita, cometería la insigne locura, ella, una gran dama absolutamente virtuosa, de llamar, en pleno día, a la puerta de un apartamento de soltero, y entrar con el velo levantado en el salón donde el olor de los habanos se edulcora con los perfumes de frívolas visitantes, donde tal vez se deje sobre algún mueble el antifaz de la señorita Anatoline Meyer, de las Novedades, olvidado allí tras el último baile de la Ópera. ¡Sería una gran imprudencia, sin ninguna duda! No importa, ya que sus intenciones eran absolutamente puras. El sentimiento del deber le dictaba seguir esa conducta. Juzgaba necesario, y ciertamente digno de ella, dar una lección al impertinente que, el día anterior, durante un vals, se había atrevido a susurrarle al oído, con voz candorosa: «¿Vendrá usted, verdad?» ¿Qué esperaba el muy crétino? ¿Cómo era posible que solamente hiciese seis meses que le prodigase muchas atenciones, únicamente pequeños flirteos de las manos que se abandonan con lentitud, miradas que no se fraguan más que a medias, y que de pronto se hubiese lanzado a ese brutal y descabellado extremo? ¿Acaso creía que recién llegado, podría rendirla, conseguirla, volverla loca de pasión, dejarla sin fuerza en los brazos y hacerle cerrar los ojos bajo las pestañas húmedas de lágrimas? ¡Menuda opinión tenía de ella, ciertamente! Casada desde hacía al menos dos años, no experimentando por su marido más que una fuerte aversión soportable, habiendo rechazado victoriosamente las pretensiones de los admiradores más apasionados y los más hábiles, era irreprochable. Gracias a Dios, intachable y digna de todo respeto. Así pues, daría una lección al insolente, con un castigo ejemplar; entraría en su casa, tranquila, fría, muy digna, – mantener la compostura, tal vez podría resultar difícil a causa de sus pequeños y gruesos labios rosados que siempre quieren sonreír, y de sus cálidos ojos marrones que tienen al diablo en las pupilas, pero, en fin, lo intentaría, – entraría en su casa, con la frente muy alta, y hablando con seriedad.

«¡Sí, Señor, he venido, porque no he querido darle la satisfacción de que creyese que tenía miedo de usted! Asumo el peligro porque lo desprecio. Y he venido también para manifestarle mi parecer sobre su conducta. Es indigna de un caballero. Yo soy una mujer honrada, sinceramente y lealmente vinculada a mis deberes. En la familia, cuyo

ilustre apellido he abandonado por otro también glorioso, he recibido una austera educación, teniendo nobles ejemplos que seguir. Si se ha reprochado a mi abuela haber montado en la grupa de un oficial cosaco, en 1815, se trataba de una calumnia de los liberales y los republicanos. Las mujeres de mi casta, cuando montan a caballo, lo hacen con la urbanidad propia y distintiva de todas sus acciones. Una de mis abuelas estaba en Fontenoy, vestida de hombre; y tal era su fidelidad a sus heroicas costumbres que nadie intentó investigar si era mujer. Es cierto que era fea. En cuanto a mí, soy su digna descendiente, por la virtud, si no por la fealdad; pues una no sabría ser perfecta. Pretendo, entre la relajación de las costumbres modernas, conservar intacto un honor diez veces secular. ¡Usted es despreciable, señor! ¿Piensa usted haber encontrado una de esas criaturas sin fuerza de voluntad. – demasiado frecuentes, por desgracia – que se dejan ir río abajo siguiendo la corriente de las pasiones o de los caprichos? Todavía lo considero a usted lo bastante sensato para creer que reconocerá su error, ya que después de la dura lección que he debido darle, abandonará de un modo definitivo cualquier tipo de esperanza culpable que me resulte ignominiosa.»

Sí, le diría eso, y otras cosas, con serenidad pero con firmeza, de un modo inexorable, y a él no le quedaría más remedio que inclinarse humildemente, lleno de admiración y arrepentimiento, convencido.

Por otra parte, dándole vueltas al escenario de su victoria y preparando su arenga, la adorable joven comenzaba a vestirse, – pues la hora de la cita estaba próxima – y tras haberse puesto las medias negras, donde la piel se transparentaba mediante gotitas de leche rosada, tras haberse abotonado la vaporosa camisa que pone sobre la desnudez una nube de vaga nieve, elegía en el armario con espejo, unos ligeros pantalones de diáfana seda, adornados con unos encajes y que no se sujetaban a la cadera más que mediante un único botón.

### CARNAVAL EN EL PUEBLO

Mientras las personas serias jugaban al whist<sup>3</sup>, Juliette le había dicho entre susurros: «Mañana, martes, voy a ir a casa de mi tío en Villemomble. Puesto que usted me dice que me ama y que tiene esa locura de no poder pasar una día sin verme, vaya mañana a Villemomble usted también. Paséese por la única calle del pueblo, bajo la ventana de mi tío. La casa está al lado de una mercería. Pasee con paciencia. Yo, hacia el mediodía, entreabriré la ventana y ¡le sonreiré de lejos! Una sonrisa es mucho más de lo que usted se merece.» En realidad era mucho más de lo que él jamás se hubiese atrevido a desear. Al día siguiente, mucho antes del mediodía, él ya se encontraba en la calle principal de Villemomble, yendo y viniendo, mirando apasionadamente a la ventana en la que Juliette aparecería. Un viento muy frío le azotaba el rostro, despeinaba sus cabellos, le arrojaba por todas partes una polvareda húmeda y pequeños guijarros. No le preocupaba demasiado el viento; ¡hubiese desafiado mil tempestades!

¡Que importa lo que puede una nube de los aires  
Arrojarnos al pasar truenos y rayos!

¿Acaso no la vería, en un instante, allí, encima de él, sonriente? La única esperanza de esa sonrisa, – ¡pues tenía unos dientes de gatita que muerde!– lo compensaba de las molestias de la espera; incluso le agradaban los guijarros que le golpeaban en la piel. Caminaba siempre a lo largo de las casas, esperando. Los transeúntes lo observaban con sorpresa. Para tratar de disimular, se detuvo ante la tienda de mercería en la que, a causa del carnaval, había engalanado su escaparate con trajes de obrero, de pastores de los Alpes, con máscaras grotescas, enormes narices falsas. Sin duda tendría lugar algún baile en el salón de cien cubiertos del pastelero de Villemomble. Miraba el puesto carnavalesco con aire muy interesado. ¡Muy inquieto además! pues acababan de dar las doce, y Juliette no se dejaba ver. ¡Oh! ¡esa ventana cerrada! pero recordaba que Juliette le había dicho: «Con paciencia.» Miraba sin cesar – o hacía que miraba – las falsas narices, las máscaras, los disfraces. Se percató de que la dependienta lo observaba con desconfianza. ¿Qué era lo que hacía esa persona extraña

---

<sup>3</sup> Juego de naipes. Se utiliza una baraja francesa, que consta de 52 naipes y se establecen dos parejas adversarias

que «echaba el ojo» de ese modo al escaparate y que no entraba y no compraba ni alquilaba nada? Él temía dar que pensar, comprometer a Juliette. Para justificar su presencia, empujó la puerta de la tienda, y, tras haber dudado entre diversos objetos, acabó eligiendo –pensando siempre en la bonita nariz sonrosada de Juliette y en la sonrisa prometida – una gigantesca y extraordinaria nariz de cartón pintado, una nariz roja, azul cielo, verde manzana, donde destacaban cómicamente unas colosales verrugas, una nariz ante la que se parten de risa los mismos pilluelos vendedores de máscaras. Se llevó su compra envuelta en un periódico y se dispuso a continuar su caminata. ¡Las doce y media! ¡La ventana siempre cerrada! ¿Acaso Juliette se había olvidado, o tal vez exageraba su crueldad acostumbrada, la muy coqueta, hasta llegarle a negar la limosna de una sonrisa? Mientras caminaba bajo el viento, la nariz de cartón, dentro del periódico sacudida y desgarrada por la borrasca, lo irritaba singularmente. Tenía deseos de arrojarla en algún rincón, pero no se atrevía temiendo ser visto; y no dejaba de pasearse pacientemente. ¡Por fin! ¡Por fin! no se equivocaba: la cortina de una ventana se había agitado; el crujido de una cerradura anunciaba que iba a abrirse. En algunos segundos vería la sonrisa de Juliette, esa sonrisa tan bonita, tan tierna, que le provocaba en el alma delicias paradisíacas. ¡Extendió sus brazos con pasión! Juliette apareció en efecto. Pero no se limitó a sonreír: apenas apoyada al borde de la ventana, fue presa de una risa loca, siempre creciente, inextinguible, una risa cruel, ¡burlona y humillante! Estupefacto, llevó las manos a su rostro de forma instintiva, y reconoció con horror, que no sabiendo que hacer, había puesto sobre su propia nariz sin pensar en ello, – roja, azul cielo y verde manzana – la enorme nariz de carnaval.

### AGUA QUE QUEMA

Como tenía fiebre, la cruel fiebre de amores, el pobre enamorado decidió bañarse en el río tan fresco y tranquilo que discurría entre cantos rodados.

Le habían dicho:

«Dado que sufre usted sin cesar y sin esperanza, y ya que tiene en su corazón, en su mente y en sus labios, los calores el eterno deseo esquivo, conviene que se introduzca y permanezca un buen rato en esa agua; pues tiene la virtud de apagar los incendios de la pasión desde tiempo inmemorial; y varios, que no estaban menos enfermos que usted, se han encontrado muy bien. Es algo que todo el mundo puede contarle en la comarca. »

Entonces se dejó llevar de la orilla al río. Pero apenas se introdujo en el frescor de las olas, sintió sobre todo su cuerpo como un abrazo de brasas, como si lo cubriera una llamarada. ¡Huyó a través del llano! Sentía la quemadura en la piel por todas partes, lo devoraba, lo consumía. Jamás había padecido un dolor tan insoportable.

Como por la noche se quejase a aquella que no lo amaba, ésta le dijo:

«Yo sé por qué. Resulta que un día, pasando cerca de ese río, dejé caer una de las florecillas que adornaban mis cabellos.»

## LA VANGUARDIA

Ambas lo adoraban, ¡sólo a él!. Una locura de amor con retazos de capricho y arrebatos pasionales. Había personas que afirmaban que la aventura acabaría con un duelo; un enfrentamiento a pistola, a veinte pasos, o cruzando las espadas, una mañana en cualquier claro de Mendou. Ciertamente es que la Señora de Lurcy-Sevi acudía cuatro veces por semana al gimnasio de Caïn, y la Señora de Graçay al de Ruzé, todos los días.

¿De donde provenía tan excesiva fantasía por parte de esas prudentes damas, siempre dueñas de sí mismas, que agitaba sus vidas, alterando sus costumbres, como si un golpe de viento alborotase en un rincón de la calle el sombrero y los cabellos de una criada? El Señor de Queyras, sin duda alguna, era un hombre de mundo, de elegante porte, el mejor sastre de París, bastante joven, con unos ojos hermosos. ¡Pero las dos mujeres enamoradas habían visto sonreír y llorar en otros hombres ojos como esos! Daba igual, eran los de él por los que se morían de ternura y se consumían de deseo. ¿Era su rivalidad la que exasperaba su amor? Era creencia de la mayoría que tal hipótesis no tenía nada de improbable. Las mujeres codician con fervor aquello que apenas hubiesen deseado si otras no hubiesen tenido el mismo deseo. Tomar no siempre es divertido; robar, es delicioso. No les place ser reinas salvo que destronen a otras. ¡Señora, simule amarme, para que su amiga me adore; y, si usted me permite besar su mano, puedo esperar los labios de ella! Cada una de las dos rivales hubiese ofrecido todo, entregar todo, para que la otra lo diese todo en vano. Eso supuso entre ellas, – antes de llegar al duelo a pistola o a espada, – una lucha de extravagancias y audacias. Cuando reconocieron que los tejemanejes de los flirteos no servían de nada, se dieron a las temeridades extremas. ¿Quién sino enviaba todas las mañanas a casa del Sr. de Queyras enormes ramos de violetas de Niza, con una tarjeta entre las flores? La Señora de Graçay o la Señora de Lurcy-Sevi. ¿Quién sino llevaba a la Ópera, entre los encajes de su blusa unas cintas con los colores del jockey del Señor Queyras, la víspera del gran premio de Auteuil? La Señora de Lucry-Sevi o la Señora de Graçay. Una vez, ésta esperó en coche al Sr. de Queyras hasta las cuatro de la madrugada a la puerta de un casino, y, cuando sonaron las cuatro, dio un grito de rabia: ¡su rival también esperaba, delante de la misma puerta, a pie en el barro!

Sin embargo el caballero, a quien rendían tan apasionados homenajes, no permanecía indiferente; simplemente dudaba. Las dos eran igualmente hermosas, una con sus cabellos de noche, la otra con sus cabellos al alba, él jamás les habría hecho la afrenta – ante dos pasiones igualmente ardientes – de someterlas a un absurdo reparto. Compartir las sólo podría producirse más adelante, y de forma espaciada. Él quería elegir, les debía una preferencia, tomar una decisión. Pero su profundo agradecimiento por ese doble amor era tal, que se habría sentido verdaderamente culpable si se decidiese por una de las dos dichas que le eran ofrecidas sin una verdadera razón de peso, ¡una razón determinante! La Señora de Graçay y la Señora de Lurcy-Sevi comprendían tan bien ese noble sentimiento, que su única idea consistía en adivinar la prueba de abnegación o la tentación que inclinaría la balanza hacia una o hacia otra, y cada una de ellas se angustiaba por temor a ser desbancada.

Una vez creyeron haberlo adivinado, – y en efecto lo habían hecho – porque el Señor de Queyras, durante un baile en la sala Herz, había mirado insistentemente las blusas de las dos rivales, con mirada que trata de comparar.

Cuando al cabo de dos días regresaron – eran excelentes amigas – al baile de la Señora de Ruremonte, en la sala se produjo una algarabía de asombro. ¡Jamás el leve impudor del escote había sobrepasado los límites hasta tal punto! Blanco como la nieve, donde se habrían arrojado dos rosas, el de la Señora de Graçay se ofrecía casi sin velo, y el de la Señora de Lurcy-Sevi, más semejante a dos naranjas, resplandeciente, un poco dorado, – que se hincha, y se moldea – concentraba todas las estremecidas luces de la sala en su doble redondez cálida.

El Señor de Queyras no perdía detalle.

Era un instante supremo. Evidentemente, la elección, que ellas ya no podían demorar más, a menos que realizasen las mitológicas poses desnudas de las diosas en el monte Ida, iba a ser un hecho consumado.

La Señora de Lurcy-Sevi se fijó en su rival.

Comprobó que la Señora de Graçay, debido a su blanca piel, daba la impresión de estar más escotada.

Tuvo el valor de las crisis definitivas.

Fingiéndose estar incómoda por el calor del baile, se dejó caer en un sillón, luego, bajo la mirada del Sr. De Queyras que se precipitaba hacia ella, diligente, ¡arrancó violentamente su blusa por completo! y se desvaneció, segura de sí misma.

El Señor de Queyras se arrodilló so pretexto de recoger el abanico caído, susurrando en voz baja las palabras de su declaración.

Después de eso, la Señora de Graçay ha creído vengarse de su derrota manifestando que resultaba imposible luchar contra una enemiga tan pronta a desenmascarar la «vanguardia». Pero las palabras no pueden nada contra los hechos; yo, que escribo esto para las hermosas enamoradas en la bañera, he visto el pasado mes, en Niza, al Señor de Queyras y a la Señora de Lurcy-Sevi pasar juntos, a orillas del mar, muy cerca uno del otro, cuchicheando extasiados. Y ella tenía una blusa muy cerrada. Igual que un general que después de la victoria, se vistiese como un burgués.

## **JULIETTE VICTORIOSA**

Juliette le había dicho:

– ¡De acuerdo! Mañana iré a su casa. A su casa. ¡A su casa, yo! ¿Verdad que soy adorablemente buena? Le aconsejo que se postre de rodillas de inmediato y me lo agradezca con lágrimas de alegría. Y a la hora del almuerzo entraré en su detestable domicilio donde todavía debe sobrevivir el perfume de antiguos amores. ¿El menú? No como otra cosa que no sea crujiente, para dar a mis dientes de gata la ilusión de pequeños huesos de pajarillo siendo devorado completamente vivo; y nunca he comprendido que se beba otra cosa que no sea un vino espumoso de Asti. Pero si le concedo a usted el insigne favor de mi presencia, es bajo una condición, caballero.

–¿Cuál? – había preguntado Valentin.

–Por mis ojos que son todo el cielo, por mis labios donde están todas las rosas, por mis cabellos donde están todos los perfumes, y también por su honor de hombre galante, va usted a jurarme que no abusará de ningún modo de nuestra entrevista, no, ni incluso para besar el extremo del dedo meñique de mi guante dejado sobre la mesa, ni para tratar de saber si tengo, más arriba del codo, un bonito lunar rosado.

Inquebrantablemente resuelto a no mantener ninguna de sus promesas, Valentin había consentido a todos los juramentos; y es porque al día siguiente, en el fumadero de cuero con ornamentos dorados donde la mesa estaba puesta, cerca de llameantes leños que palidecían el sol de la ventana abierta, Juliette picoteaba unos cangrejos, y en las comisuras de sus labios, más rojos que nunca, había un poco de espuma de vino de Asti, como una espuma de savia.

Al principio, la conducta de Valentin fue en verdad digna de todo elogio. Ni una palabra demasiado ardiente, ni una mirada demasiado intensa. Perfecto. ¡No trató de confundirse de vaso! Y hubiese tenido un corazón de mármol – así como ella tiene el pecho – si hubiese mostrado una mayor irreprochable reserva. Pero, de pronto, sin transición, como si fuese el instante preciso de proceder a la ejecución de algo largo tiempo premeditado, exclamó: «¡Te adoro!» y la tomó en sus brazos. Ella, espantada, y tan bella con sus cabellos desordenados, luchó desesperadamente, agarrándose a las cortinas de la habitación, para no caer sobre las mullidas pieles de la alfombra, que son lecho de espuma blanca. Con palabras de odio y gritos de rabia o miedo, le reprochaba



el juramento traicionado. «¡Perjuro! ¡miserable! ¡infame!» ¡Ah! ¡qué dulce es usted, qué palabras tan terribles! Él se embriagaba con los insultos, a causa del timbre de su voz, y estrechaba cada vez con más fuerza a Juliette, cuyas fuerzas finalmente cedieron, al igual que la cólera. Una dulzura, poco a poco, y a su pesar, se fue adueñando de ella, la embargaba, sus ojos desfallecían en una tierna humedad. Su resistencia ya no era amenazante, pedía clemencia. «¡Sí, te amo!, es cierto, ¡te amo! he sido presumida, te he hecho sufrir, me he equivocado y me arrepiento, ¡te amo!» Ella ya no se resistiría más, se sometería. Solamente le pedía que no la tomase de ese modo, que esperase algunos días, ni siquiera algunos días, hasta mañana. Mañana volvería, dócil y muy obediente. Podía creer que regresaría. Pero él todavía la aferraba, carente de toda confianza: «¡De acuerdo!, murmuró ella finalmente, desfalleciente bajo el arrebato de los besos. De acuerdo, me rindo, te pertenezco, hoy y siempre. Pero, un momento, ¡oh!, tan sólo un momento, te lo suplico, déjame...» Esta vez él se sintió invadido por una alegría infinita. ¡Ella cedía, lo deseaba! A la vez, siendo un hombre práctico, concebía la razón del corto respiro solicitado. Incluso el abandono, – sobre todo el abandono – debe tener también su protocolo de coquetería; intuyó la necesidad que ella tendría de empolvase la nariz. Enternecido de agradecimiento, transportado por las dichas tan inmediatas, aflojó su abrazo, y, lentamente, caminando hacia atrás, mientras ella le enviaba con turbación unos besos, él abandonó la habitación, casi nupcial ya, a donde pronto regresaría. ¡Pues por fin ya era suya! Después de tantos crueles flirteos, de tantas negativas y tantas amargas esperas, ella se había dulcificado y ya no decía no, su adorada decía sí. Unos arrebatos de alegría y orgullo emanaron de su corazón triunfante, le subían a la garganta. ¡Poseería a la exquisita y deliciosa criatura, tan blanca, completamente luminosa, en flor!... Una carcajada sonó al mismo tiempo que el ruido de una puerta cerrándose. ¡Oh! ¡Horrible sospecha! Se precipitó, atravesó el comedor, la antesala, llegó al rellano de la escalera justo a tiempo para ver desaparecer, lejos de la rampa que gira, el sombrero de Juliette, y la carcajada que todavía ascendía por el hueco de la escalera, como un pájaro loco que se golpea contra las paredes.

### **LAS SEÑORITAS MÉNECHME**

¡Gemelas, y completamente idénticas; iguales como dos hojas de una misma rama, como dos gotas de un mismo licor, como los dos Lionnet de un único piano!

Una sola cosa, – pero una cosa oscura y secreta, – diferencia a las dos jóvenes hermanas: Marta nunca ha sentido su pequeña mano de uñas claras estremecerse bajo unos labios enamorados, mientras que Thérèse no da un beso que no haya dado ya.

Los paseos nocturnos por parejas de los primos con las primas no están exentos de peligro, sobre todo bajo los cenadores apenas iluminados por los rayos de luna, donde hay bancos alargados.

Sin embargo Thérèse se va a casar; y no es precisamente con aquél que le ofrecía el brazo, en el campo, después de los inocentes juegos. Está muy inquieta, y los padres, que han sospechado algo del paseo tan prolongado, también están preocupados por su hija; pues el futuro marido no pasa por ser un hombre sin experiencia, y, si experimenta una decepción, es muy capaz de proclamar su descontento al día siguiente de la boda, sin miramientos.

¡Temor quimérico! ¡el marido, cuando dan las doce, sale triunfante de la habitación nupcial, y tiene todo el aspecto de un caballero vencedor que acaba de conquistar Eldorado!

La alegría de los padres es tan grande que ya no piensan más en el largo paseo bajo el cenador, y no oyen a Thérèse, la recién casada, decir en voz baja a Marthe: «Gracias, hermanita.»

### EL NOMBRE DESHOJADO

¡En fin! ¡Resignación! –exclamó él– ¡Usted no me ama, Juliette! ¡No me ama, lo sé!

–¿Y quién le ha dicho eso? –preguntó ella.

– Usted misma, o su nombre, lo que resulta al fin y al cabo la misma cosa.

–¿Ha perdido la cabeza?

–¡Yo gano su corazón! pero su propio nombre, su nombre adorado, me ha confesado el amor que usted me oculta, ¡cruel!

–Es usted un presuntuoso.

–¡Soy un dios!

–¿Tal vez pueda explicarse?

–Ahora mismo.

Entonces él contó el asunto.

Ingenuo a base de ternuras, – por desgracia estaba en la edad en la que brotan las ilusiones, – había querido preguntar a las margaritas del bosque si era amado por Juliette.

Pero la calle Tailtbout está muy lejos de Meudon, donde las florecillas, por lo demás, no sonreían todavía en el amarillento musgo. ¿Qué hacer? Tuvo una idea: ¿Acaso el nombre de Juliette no es fresco y florido como una margarita? Deshojaría ese nombre, pétalo a pétalo, no, letra a letra. ¡*J*, me ama; *u*, un poco; *l*, mucho; *i*, apasionadamente; *e*, no del todo; *t*, me ama; *t*, un poco; *e*, mucho! La única cosa que le impidió volverse loco de alegría, es que ya lo estaba de amor.

– Señor Valentin – dijo Juliette con seriedad, –es usted absolutamente ridículo. Yo no soy una chiquilla en un barrio de provincias que lee novelas a escondidas, y que lleva una cinta azul en el pecho como las ingenuas del Sr. Scribe<sup>4</sup>. Le ruego que me ahorre las margaritas y demás flores. Soy una mujer seria. Me visten las mejores costureras, y mis

---

<sup>4</sup> Augustin Eugène Scribe (1791 - 1861) fue un dramaturgo francés. Elegido miembro de la Academia Francesa el 27 de noviembre de 1834. (N. del T.)

sombreros vienen de la casa de una modista ilustre. Se me ve en todos los estrenos de las operetas; tengo mi palco en la Ópera y me ha parecido muy aburrida la música del Sr. Saint-Saëns<sup>5</sup>. En definitiva, una persona de buen gusto, práctica, que no se interesa en absoluto por las chiquilladas de los idilios. ¡Además, le ruego que tenga en cuenta una cosa! Yo no me llamo Juliette; es usted quien me ha dado ese nombre para mayor comodidad de sus rimas en diminutivo: mi verdadero nombre es «Julie» y, en consecuencia, la verdadera respuesta es «en absoluto».

---

<sup>5</sup> Charles Camille Saint-Saëns (1835 -1921) fue un director y compositor francés de música académica.

## EL RETRATO

La Señora Thérèse d'Albereine es casi tan bella como el retrato en el que Carolus Duran la ha representado blanca y de oro sobre un fondo rojo, con el opulento despliegue de su melena pelirroja, labios de sangre, hombros desnudos y el pecho tensando la blusa.

Incluso sería completamente igual de bella, si se dignase a mostrarse, en el atrevido vestido del retrato con telas caídas recogidas con despreocupación por unas manos lasas, convertida de mundana en bacante.

Pero Thérèse d'Albereine también es casta en persona, puesto que lo es poco en pintura; y el retrato, en el que ella ha consentido lo anterior, en una intención ignorada, el retrato que revela todo lo que ella elude, está oculto a las miradas en el misterio de un lejano salón.

Piadosa, devota incluso, cumple a rajatabla sus deberes religiosos, va a misa, se confiesa, comulga. Muy austera, de rostro grave, corazón frío y la blusa siempre de cuello alto.

Casada, nunca ha amado a su marido; viuda, no tiene ningún amor, alejando con una sonrisa de asombro y un gesto que disuade, los cumplidos demasiado tiernos y los respetuosos saludos, exagerados, que pronto se convertirían, si se les permitiese, en postraciones de amor.

Fue en vano que Querubín recitase su romance; ella besaría, sin que una turbación aflorase al corazón ni a los sentidos, el aliento de Don Juan desvanecido después del naufragio; y si el conde Almaviva cantara su serenata bajo la ventana, haría arrojar una moneda a ese músico que pasa.

Siempre ha prestado oídos sordos a los sutiles excesos que uno se encuentra, para hacer codiciar y para aconsejar turbadoras delicias, la voz insinuante y lenta, apenas oída y tan bien comprendida, de la Serpiente en las ramas; no compadece incluso a los enamorados ingenuos que todavía creen en las margaritas deshojadas donde derraman un rosario de lágrimas.

Aquellos que han muerto por su amor duermen en las tumbas cuyo camino ella ignora; no sería conveniente que fuese al cementerio, ya que allí se encuentran acostados.

Vanamente también, las Condenadas desenfrenadas, devoradoras de vírgenes y esposas, le han enviado ramos de flores pálidas, mojadas aún de llantos de rabia por sus noches sin descanso y completamente acaloradas por sus pechos aplastados en vanos abrazos.

Ella sigue su camino, sin inmutarse, a través de los deseos, los amores, los sueños tumultuosos, al igual que una corriente de nieve fundida de las frías Aretusas; y sonríe, llevando el desdén hasta la indulgencia.

Pero Bertine, la doncella, pasando una noche, oyó una voz detrás de la puerta del lejano salón, una voz que se entrecortaba de ruegos y sollozos; y, curiosa, aplicó el ojo al hueco de la cerradura.

Un apuesto joven – de traje negro y un ramillete de lilas en el ojal – estaba arrodillado ante el retrato pintado por Carolus Duran, donde la Señora d’Albereine se erguía blanca y dorada sobre un fondo rojo, con el opulento despliegue de su melena pelirroja, labios de sangre, hombros desnudos y el pecho tensando la blusa.

Y ese joven, arrodillado en un éxtasis doloroso, con los ojos llenos de lágrimas, con los brazos extendidos hacia la magnífica imagen o golpeándose el pecho, era la Señora d’Albereine, – en traje negro y lilas en el ojal, – que entre jadeos repetía: «¡Thérèse, Thérèse, os amo eternamente!»

## ¡JO!

¡Ella decía alegremente la fea palabreja! Tan mona y amable son su cara traviesa y sus ojos de gata que pestañean, las manos en las caderas, el pecho hacia adelante y el cuello que se hincha, parecido al de un pájaro que va a cantar, profería esa palabra tan rápida y tan dispuesta, – ¡Oh! ¡con el arco rosado de sus labios! – que partía como una flecha con emplumado de oro, en un fino silbido de aire, y clavaba. Esa sílaba, ¡joven cazador Amor! era el más seguro rasgo de vuestra aljaba. Y porque ella no ignoraba que decía «¡Jo!» muy bien, decía «¡Jo!» muy a menudo. En cualquier ocasión, a todo el mundo, sin razón aparente, en voz baja, en voz alta, con la rapidez de un diablo que sale de su caja, y, en la impertinencia de una risita que desafía, decía «¡Jo!», más frecuentemente que a los demás, a un hombre que la adoraba y que ella fingía no amar. Cuando él se arrodillaba ante ella, temblando, sumiso, con los brazos levantados de un suplicante que llora, siempre era la dichosa palabra la que ella le espetaba en la cara, inclinándose un poco, llegándole su aliento a los labios. ¡Ah! ¡la exquisita y execrable coqueta! «¡Desfallezco de ternura y muero de deseo! – ¡Jo!, decía ella.– ¡Me descerrajaré el cerebro si usted no consiente en amarme!– ¡Jo! », decía ella inclinándose todavía un poco más, y rozándole con su bonita cara sonrosada completamente demudada de risa, donde los labios eran un beso en flor, donde revoloteaban como pequeñas llamas los estremecimientos de los estremecimientos.

¡Él perdió la paciencia, a causa de esa detestable malignidad!

Una vez, habiéndola sorprendido en el salón de encajes y de sedas, a la hora del cómplice crepúsculo, la tomó entre sus brazos, violentamente, y la enlazó con fuerza, la cubrió de caricias vengadoras, por todas partes, por los cabellos, la frente, los ojos, el cuello, los labios. Ella se debatía, se retorció, gritaba bajo la boca victoriosa; él no tenía en cuenta esas cóleras de pajarito que se coge en la mano y que quiere defenderse con el pico; él la abrazaba más estrechamente, con más ardor. Entonces, viéndose cerca de estar derrotada, renunció a los esfuerzos de una lucha vana; hubo lamentos y llantos; suplicaba, pedía clemencia. Pero él, triunfante, le dijo: «¡Jo!», redoblando con pasión la andanada de besos.

## SUS LABIOS

–¿Y sus cabellos? – pregunté yo.

–¡Sus cabellos! – dijo Valentín – no se parecen ni a los reflejos del oro, ni a los rayos del sol, porque el oro es frío y el sol es mate; pero son radiantes y cálidos, y queman los dedos y queman los ojos, rubios, aquí, como el sauterne<sup>6</sup>, y, allí, amarillos como el coñac añejo, y más allá se retuercen como culebras ardiendo, son un enorme incendio concentrado, y de ellos emana, imperiosa, una borrachera tan perversa que desde luego debió ser el mismísimo Diablo quien ha hecho esos cabellos.– El Diablo, encargado del vestuario de las cortesanas y peluquero de las hermosas jóvenes para la mascarada humana, con las llamas de su más infernal hoguera, esa en donde las Lujurias son castigadas.

–¿Y su frente? – pregunté yo.

–¿Su frente? – dijo Valentín – Es estrecha y pálida, con aspecto de una venda de nieve que estaría puesta encima de las cejas para apaciguar la creciente quemazón de los deseos.

–¿Y su nariz?– le pregunté yo.

–¿Su nariz? – dijo Valentín – Le he dedicado este frívolo cuarteto:

Sobre su carita sonrosada  
Agitando sus alas de carne,  
Su nariz como ave posada  
Impertinente, con la cola en el aire

–¿Y sus ojos? – le pregunté yo.

–¿Sus ojos? – dijo Valentín – Si se echase en el centro de unos topacios una gota de diamante donde estuviese latente todo el deslumbramiento de todas las estrellas, los topacios tal vez se parecerían a sus ojos.

–¿Y sus mejillas? – le pregunté yo.

–¿Sus mejillas? –dijo Valentín– Como es una jovencita y es parisina, añade a los candores de su piel la engañifa de las perfumerías. Ingenua y compleja, es fresca y se

---

<sup>6</sup> Uno de los mejores vinos dulces franceses que se elabora con uva podrida. (N. del T.)



embellece. Tiene piel aterciopelada y se empolva. El que le roza la mejilla cree respirar una rosa del bosque que se hubiese maquillado.

–¿Y sus labios? – le pregunté yo.

Valentín vaciló:

–¿Sus labios? –dijo – Apenas los he visto.

–¿Apenas los has visto?

–¡Eh!, sin duda – repuso – ya que siempre los beso.

### **BAJO LOS LAURELES ROSAS**

Cierta vez que el duque Teseo se paseaba en un bosque cercano a Atenas, con Hipólita, reina de las Amazonas, vieron a orillas de un río, bajo un arbusto de laureles en flor, a un joven fauno que hacía cosquillas con la punta de una rama perfumada en la rosada nariz nacarada de una ninfa completamente desnuda dormida sobre el musgo.

–¿Por qué ese faunito – preguntó el duque – hace cosquillas en la nariz a esa ninfa dormida?

– Sin duda – dijo la reina – será para que, una vez despierta, ella pueda atender a sus requisitorias amorosas.

Pero la ninfa no se despertaba. De vez en cuando, su nariz se estremecía bajo la olorosa caricia.

El fauno se valió de otro medio: llenó de flores sus dos manos formando una pequeña cesta, y dejó caer todas las flores, desde muy alto sobre el pecho de la hamadriade dormida; la ninfa, lentamente, con un brazo soñador, apartó la ligera carga; pero siguió sin despertarse.

El fauno se puso a saltar alrededor de ella, molestando a los árboles, rompiendo las ramas; produjo un ruido como un grupo de lobeznos peleándose en la maleza; pero la ninfa continuaba dormida, con su pecho de mármol pálido elevándose y descendiendo como una ola de leche.

El fauno aplaudió, gritó, cantó, imitó los voces de las bestias feroces o de los tiernos pájaros que se irritan o se quejan en los bosques cercanos a Atenas; profirió unos rugidos de león, que dieron envidia al mismísimo Bottom, y unos arrullos de paloma, que hubiesen enternecido a Lisandra; la ninfa permanecía inmóvil en el sueño como un lis que estuviese plantado en la nieve.

Entonces, el pequeño fauno prorrumpió en llantos y el duque Teseo, apiadándose del niño semidiós, extrajo de su funda la centelleante espada que tan a menudo había resonado sobre las armaduras en las batallas y, rudamente, golpeó una roca que allí estaba y que produjo un sonido terrible en el aire: se hubiese dicho que se estaba entablado un duelo entre héroes y dioses a través de las ramas, y el eco gritó como un guerrero herido. Pero los párpados de la hamadriade ni siquiera se estremecieron, como una estatua tumbada en la hierba.

– Es que lo estáis haciendo mal – dijo la reina de las Amazonas.

Ésta se acercó al duque Teseo y le besó en los labios, ardientemente, con un largo beso. La ninfa, despertando al ruido del beso, rodeó con sus encantadores brazos el cuello del joven fauno.

## EN EL SIGLO VEINTIUNO

Es la hora del paseo por el lago. Las dos adorables esposas, extendidas sobre los cojines del coche, se abrigan bajo los cobertores de pieles, bajo la fresca claridad del sol invernial; los cabellos de Laure son dorados, y los de Jane son de ébano azul como las alas de los cuervos. Hace días que no se las ve, tres meses para ser exacto. Después de su bonita fiesta de bodas, donde fue invitado todo el París ilustre y mundano, – su unión no era solamente la de dos exquisitas criaturas, sino que también suponía la unión de dos familias principescas,– fueron a ocultar, en un castillo de Bretaña, cerca del mar, las primeras delicias de su felicidad. ¡Larga y demasiado corta luna de miel! Ahora, están de regreso, vuelven a entrar en la sociedad; la multitud elegante, feliz de volver a verlas, las aprecia y las saluda con un tierno respeto. Pues su amor tiene una leyenda noble y conmovedora. Se sabe que se aman desde hace mucho tiempo, antes de poder confesar que se amaban; que sus padres, – por razones interesadas – no querían consentir su matrimonio. Adorándose, habrían podido enfrentarse a ellos, huir. Pero eran novias honradas que querían conservarse intactas para el lecho nupcial. Tuvieron, a pesar de su desesperación, la paciencia de las auténticas pasiones. Y fue a fuerza de dolorosa resignación y de mudas plegarias como por fin obtuvieron ¡ser la una de la otra! A causa de esta leyenda, se las quiere y se las honra. Todos se descubren cuando pasan, y simpáticos cuchicheos, procedentes de todas partes, las rodean. No se tiene razón al decir que París es egoísta y frívolo, que solamente se interesa por las aventuras escandalosas; sabe hacer justicia a la honradez, a los amores sinceros y regocijarse con las virtudes recompensadas. Sin embargo ellas, en el lento coche, se embriagan de ese dulce triunfo, teniendo la conciencia de haberlo merecido, y responden a los saludos con sonrisas alegres. Pero de repente, Jane frunce el ceño.

–Laure, querida mía, – dice –¿por qué has hecho una señal con la mano a esa amazona?

–¿No la conoces? Es Marguerite de Lizolles, una de mis amigas del internado. Tendremos que invitarla a nuestros bailes.

–¡Desde luego que no! Marguerite de Lizolles es de las que una mujer de tu reputación no debe recibir, incluso ni debiera haberla conocido.

–¿Marguerite? ¿Qué te ha hecho?

Jane vacilaba.

- No sé si debo decírtelo, a ti tan pura y perfecta... Se ha casado.
- ¡Y bien! ¿No nos hemos casado nosotras también?
- ¡Gracias al cielo, mi dulce ángel! Pero ella se ha casado con un hombre.
- ¡Oh! – dijo Laure enrojando.

### LOS TRES SOMBREROS

Iban a salir. El sol invernal, que atraviesa con sus rayos de oro pálido los vidrios, aconsejaba a los enamorados el fresco paseo por las callejuelas aún sin hojas, donde se camina con paso vivo, enfundados en los abrigos, estrechándose el uno contra el otro, y mezclando bajo el manguito los cálidos alientos de los besos.

–¡Tengo tres sombreros!– exclamó Juliette.– ¿Cuál me pondré, dime?

–No lo sé – respondió Valentin.

–¿Quieres que me ponga el sombrero rojo? Sobre mis cabellos parecería una gran amapola abierta en medio de los trigales.

–No –dijo Valentin– El rojo no.

–¡Qué olvidadizo! Fue el día que lo estrené, cuando te permití, por primera vez, levantar el velo que te impedía llegar a mis labios.

–¡Ese beso, cruel, me volvió más apasionado y más desgraciado todavía!

–¿Quieres que me ponga el azul, con unas rosas de musgo? Es bonito y picarón, y, un poco inclinado sobre la oreja, parecería un ramillete reventando de risa.

–No –dijo Valentin– el azul no.

–¡Qué ingrato! Yo lo llevaba la mañana en la que me senté, temerosa y temblorosa, sobre tus rodillas, en el fondo del coche, en el Bosque.

–Pero te alejaste enseguida, cruel, a causa de un oficial que pasaba a caballo.

–¿Tendré entonces que ponerme el malva, con su follaje veteado en burdeos como una hoja de parra demasiado quemada por el sol?

–¡Sí, sí! ¡Ese! ¡Ese es el que quiero!

–¿Y por qué?

–Porque...

–¿Por qué? – preguntó Juliette, que enrojeció al acordarse.

–Porque, la noche del abrazo definitivo y del irreparable abandono, la noche en la que, yendo con mucha prisa, había ya hecho de todas tus sedas y tus encajes algo caótico y disperso que estaba tirado sobre la alfombra, ¡yo te había dejado puesto ese sombrero, de hoja de parra en efecto, que llevabas en la cabeza!

### LA CAMISA DE TERESA

Lo insólito no fue que Thérèse se hubiese quitado la camisa, – al final todo acaba sucediendo, ¡tú lo sabes muy bien Juliette! – sino que fue que no la encontró cuando quiso volver a ponérsela. ¿Dónde se escondía la fina batista transparente, completamente empapada en perfumes recientes, velo supremo que había demorado por una hora su pudor, segura de la blancura de su pecho y de sus perfectas piernas? Buscaron la camisa desaparecida tras las sillas del pequeño cuarto del albergue, –era en una aldea de los Pirineos, casi española, donde se habían citado los enamorados, – bajo la mesa, bajo la cama, entre las cortinas. En vano. «¿Puedes concebir esto?» dijo Thérèse; él ya no comprendía nada y se afanó en buscar, con irritación y rabia, durante mucho tiempo y por todos los rincones. Recordaban que en un determinado momento, durante el fingido olvido de los besos, el viento de la montaña, en un arrebato celoso, había derribado la ventana y se había introducido en la habitación, volcando los muebles, sacudiendo la puerta y mezclando las cosas ligeras y las telas en un caos de remolino. ¿Se habría llevado el viento la camisa? Como un gran pájaro pálido, con las alas abiertas, había huido, en la ráfaga, en la noche, por entre las altas rocas, hinchada, arrugada, desgarrada, ¿se habría enganchado en algún saliente pedregoso, o caído finalmente, más allá, en el valle, sobre un techo bajo de paja y follaje, tal vez sobre el campanario de la pequeña iglesia nueva? Aventuras inverosímiles, apenas posibles de una camisa en las tinieblas, lejos del lecho. Thérèse, por fin, renunció a la búsqueda; Estaba muy hermosa, con el pecho aplastado bajo la pechera almidonada, hinchándose su garganta bajo la estrecha presión del cuello postizo; pues el amante, no sin la sensación de una absoluta conquista, había ofrecido sustituir la prenda desaparecida por otra más viril. Y partieron, dejando allí su felicidad, en esa lejana soledad, como una mariposa deja del polvo de sus alas en el rosal abandonado. ¡Pero que volubles son los corazones de las mujeres! Dejó de amar a aquél que tanto había adorado. Despreció las antiguas ternuras, detestó la habitación del albergue, con la pequeña cama tan dura y tan dulce, a donde el viento de la montaña fue a levantar las sábanas. Thérèse, habiendo escuchado una única vez, la evangélica palabra de un admirable dominicano, había sentido el alma tocada por la Gracia. No más bailes, no más fiestas, no más tiernos flirteos después de los vales, bajo el marco de las ventanas, donde los cortinajes, sin que suceda por nada en particular, caen a propósito. Piadosa, devotísima incluso, – con

remordimientos de su vida pasada y de los vanos besos de antaño,— mereció ser presentada como ejemplo a las pecadoras arrepentidas o que están a punto de arrepentirse. Su director espiritual le permitía albergar esperanzas en la misericordia celestial que no tendría en cuenta sus errores de tiempos pasados, compensados por una notable abstinencia. ¡Era muy severa hacia sí misma! No se consideraba purificada completamente de las antiguas máculas. Se impuso las penitencias de los jóvenes; reclamó para sí el sangrante beso del cilicio y la cólera de las disciplinas. Luego deseó ir de peregrinación, descalza, ceñida con una cuerda, a la pequeña aldea pirenaica, donde había sucumbido, —¡oh, cuántos remordimientos! — al pecado de lujuria. Partió, no a pie, sino en tren, no con un hábito de lana ceñido con una gruesa sirga, sino con un vestido de seda en luto de alivio, confeccionado por un buen modisto. ¡No importa, en cualquier caso partió! Pasaría la noche en el albergue testigo y cómplice de su falta; se humillaría públicamente; le gustaba la idea de una confesión ante todos, como un buen castigo, de donde obtendría la salvación. Llegó y lo primero que hizo fue visitar al cura local, un buen hombre que aprobó con agrado las intenciones de la penitente. No obstante consideró que una confesión pública no dejaría de conllevar algún escándalo. Propuso otro modo de ganar el perdón divino. Dado que la iglesia, de la que él era el vicario, poseía una maravillosa reliquia que, desde hacía dos años, hacía todos los milagros que uno pudiese imaginar; al tocarla, o solamente entreviéndola, los cojos dejaban de cojear, los lisiados hacían cabriolas con sus muletas, los jorobados exclamaban: «¿Quién decía que yo tenía una joroba?» Thérèse, ansiosa, quiso ver, tocar, besar la adorada reliquia que, sin duda, curaría, tan bien como los males corporales, las enfermedades del alma. «Con mucho gusto», dijo el buen cura, y la condujo a la pequeña capilla donde estaba expuesta, tras un cristal y bajo la custodia, la reliquia. «Por supuesto que nos ha caído del cielo, ya que descendió sobre el campanario de la iglesia, hace dos años, en una noche de tormenta, y el delicioso olor inmaterial que todavía emana de ella, nos conduce a la convicción de que ha pertenecido a la Santísima Virgen — ¡Oh!» repuso Thérèse arrodillada en el éxtasis de su piedad. Luego, con el permiso del sacerdote, besó con fervor y convencimiento de la obtención del perdón, la divina camisa, no reconociendo el ribete de alençon, ni la marca bordada, ni el perfume culpable de sus antiguas veleidades...



### AVENTURA CASTELLANA

Con la mano sobre la empuñadura de la espada y el faldón de la capa en el hombro, don Manuel, un joven caballero llegado a Madrid para asistir a los festejos que se celebraron con ocasión del bautismo del infante Baltasar, se paseaba una noche por las calles con todo el aspecto de un hidalgo que busca una aventura de disputas o de amores, cuando una dama, enfundada en un manto negro, y con el rostro muy cubierto, salió de una casa, como huyendo desesperadamente. Corriendo hacia don Manuel, le dijo:

–Si sois como aparentáis, un caballero de noble y leal cuna, ¡ podréis salvar a una dama amenazada de perder el honor y la vida! Mi marido ha estado a punto de sorprenderme, casi desnuda, en casa de uno de sus amigos del que está muy celoso. He tenido tiempo de tomar mi abrigo y echar a correr escalera abajo. ¡Pero me persigue! ¡Detenedle, por lo que más queráis! Pues si me alcanza, ¡estoy deshonrada y muerta!

Don Manuel respondió:

–Huid tranquila, señora.

Y, mientras la dama se alejaba corriendo, él se plantó ante la puerta, de donde no tardó en salir precipitadamente un hombre fuerte y de bastante mal humor, a juzgar por sus ademanes y los juramentos que profería.

–¡Caballero!– dijo don Manuel tras un saludo de una lenta y perfecta cortesía – llegado hace pocos días a Madrid, no es extraordinario que me haya extraviado en esta ciudad, que es tan grande como bella. ¿Os dignaréis, espero, a indicarme la calle San Bernardino, donde tengo la dicha de ser esperado por una persona que me quiere bien, y que, esta noche, en la Florida, me ha prometido abrir su ventana cuando su anciana dama de compañía se haya dormido?

–¡Dejadme pasar! – exclamó el otro – ¿no veis que tengo prisa?

–¡No la tengo yo menos que vos!, ya que la que me espera tiene los ojos más hermosos del mundo. ¿Pero, sin duda, os repugna prestarme ayuda en una empresa de amor? No puedo más que alabar la delicadeza de vuestros sentimientos, y heme aquí completamente dispuesto a entablar amistad con un hidalgo de virtud tan distinguida. ¡No hablemos más de la calle San Bernardino! Al menos, ¿vos querríais enseñarme preferiblemente el camino hacia alguna iglesia recomendable por las reliquias que en

ella se conservan? Pasaré con mucho gusto rezando durante la noche en la que tuve la maligna idea de dedicarme o ocupaciones menos austeras.

– ¡Id al diablo! ¡y dejadme el paso expedito!

– ¿Qué entonces? ¿No podré pronunciar mis oraciones ni hacer el amor?

– ¡Por Santiago! – dijo el exasperado marido – ¡estáis burlándoos de mí!

– En vuestro lugar, – dijo don Manuel – haría tiempo ya que me habría dado cuenta.

Entonces, ambos desenfundaron sus espadas. Fue un hermoso duelo con metálicos sonidos de acero y chispas en la noche. Un duelo muy largo; los dos combatientes, de la misma fuerza, tenían idéntico arrojo. «Desde luego, pensó don Manuel, la dama del rostro oculto ha tenido tiempo sobrado para ponerse a salvo.» Cuando acababa de tener ese pensamiento, la hoja de su adversario penetró bajo su pecho izquierdo, profundamente, y cayó, con la cabeza sobre los adoquines, profiriendo un gran grito.

– ¡Dios tenga piedad de vuestra alma! – exclamó el vencedor dispuesto a seguir su camino.

– ¡Una última palabra! – dijo don Manuel entre estertores – ¿La dama que perseguíais es joven y hermosa?

– ¿Qué os importa?

– ¡No me importa mucho! Pero estaría desolado por haber muerto por alguna triste vieja, bigotuda y bizca.

– Sabed pues que doña Ana, que apenas tiene veinte años, es la mujer más hermosa de Madrid.

– ¡Magnífico! – dijo don Manuel entregando el alma.

### **EL BESO ENJAULADO**

Desde niño estaba enamorado de ella. Sufría mucho a causa de este amor. No era que ella no le amase, pero ocurría que sus padres no querían consentir ese matrimonio. Cierta vez que él la acechaba, – era un poco antes de la aurora, cuando el alba duda en nacer, – la vio, tan rubia y tan blanca, en la ventana. Ella miraba el cielo pálido de la mañana, él la miraba a ella, el alba también. Encantada por la claridad naciente, ella hizo el bonito e ingenuo ademán – creyendo que nadie la veía – de enviar, desde sus dedos rosas, un beso al día que surgía; al mismo tiempo, un pájaro recién despertado emitía sus trinos bajo el cielo, como si ese leve sonido hubiese sido el canto del ademán que ella había hecho. El enamorado vio el beso, oyó la voz, persiguió al pájaro a través de todas las ramas del bosque. Lo atrapó y lo llevó a su casa. Ahora es muy feliz, pues, de la mañana a la noche, a todas horas, oye cantar en la jaula al beso de su amada.

### ÉGLOGA A LA SALITA

Tras haber hablado largo rato de trapos, y haber comparado durante mucho tiempo los méritos de las costureras más reputadas, las dos mundanas, en la iluminada salita de seda color paja, – ¡pues ambas eran morenas! – donde las tazas de té humeaban ligeramente, sobre un velador de laca, comenzaron a hablar de las amantes de sus maridos.

LA BARONESA

Yo me adapto muy bien a ser engañada por el Sr. de Marciac. Eso me produce, durante la noche una amable soledad que me resulta completamente placentera. Lo mejor de los maridos es su ausencia. Pero estoy particularmente agradecida al mío por haber elegido por amiga a una mujer encantadora.

LA CONDESA

Cierto es que la fidelidad de los maridos supondría un gran estorbo. ¡Tenemos tantas cosas que hacer! Las visitas, las cenas, los bailes, los flirteos también, ocupan un tiempo considerable. Y, como vos, estoy tan satisfecha de ser engañada porque el Sr. de Valensole ha optado por alguien a la que yo no sabría censurar.

LA BARONESA

Nosotras tenemos mucho que hacer y hemos de vivir una vida tan completamente diferente a la suya, pero hay entre nosotras y aquellos de los que llevamos el apellido, un poso de solidaridad, debido a que de algún modo participamos en sus éxitos o en sus fracasos, en sus placeres o en sus penas; y enrojeceríamos, no solamente por ellos, sino por nosotras mismas, si éstos sucumbiesen a amores indignos.

LA CONDESA

El cariño que al principio les hemos dado, no lo hemos recuperado por completo; lo que ellos han conservado se mezcla con la cantidad de ternura personal de la que

hacen gala en favor de otras personas; y no veríamos humilladas, si algo de nosotras se viese envilecido en unas relaciones poco recomendables.

LA BARONESA

¡Gracias al cielo, yo no tengo nada que temer en ese sentido! La amante de mi marido es de noble cuna, casi principesca, ocupa en nuestra sociedad una situación muy ilustre y todos pronuncian con respeto el nombre que él susurra con amor.

LA CONDESA

Yo me enorgullezco tanto como vos, pero por otras razones. ¡La amante de mi marido no es princesa precisamente! Es una diva de opereta, pero muy célebre, aclamada, adorada; por ella acuden los emperadores de Brasil y vienen los príncipes de Inglaterra.

LA BARONESA

¡Su belleza es divina! Alta, pálida, rubia, y como transparente, con aspecto de un sueño que camina.

LA CONDESA

¡Su simpatía es envidiable! Bajita, todo encanto y delicadeza, con unos hoyuelos en las mejillas, con unos senos y unos brazos, que parece una muñeca de carne rosada.

LA BARONESA

¡Su elegancia es incomparable! Luce con lenta majestuosidad la pompa de los vestidos largos, y sobre su frente real se iluminan los diamantes que se ha dignado a aceptar de mi marido.

LA CONDESA

¡Poca elegancia, pero mucho estilo! Con cualquier trapito de encajes arrugados, se encuentra especialmente exquisita; su falda corta tiene unos voladizos que turban, y ningún hombre no puede ver, sin peligro de perder la cabeza, la liga de zafiros y perlas que mi marido le ha regalado.

LA BARONESA

¡Además ella lo ama en verdad! puesto que, viuda desde hace dos años, ha rechazado, para no abandonar al Sr. de Marciac, la mano de un duque regente en una región de Alemania.

LA CONDESA

¡Ciertamente ella le es fiel! pues se asegura que, desde hace seis meses, no ha cenado más que con el Sr. de Valensole en los reservados del Voisin o de la Casa-Dorada.

De este modo departían las dos bellas mundanas en la salita de seda color paja, donde las tazas de té humeaban ligeramente sobre un velador de laca; y se sentían completamente sobrecogidas de piedad, – de una bonita piedad que desprecia y que ríe, – por la pobre señora de Baremonde, cuyo marido, según se aseguraba, era el amante de una burguesa apenas bonita, en cuya casa se jugaba a la lotería los miércoles, y por la pobre señora de Lurcy-Sevy, cuyo marido se ha encaprichado de la gruesa Constance Chaput, de los Bouffes, que tiene unos pies enormes.

### LA IMAGEN QUE HABLA

¡Por no disponer de espejo, Amimona, la pequeña dríade, no estaba segura de ser hermosa! La niña diosa había observado que los faunos se preocupaban de ella y la acechaban a través de las ramas, que las flores se inclinaban hacia ella con una tierna languidez, y que, en las hojas de su árbol, los ruiseñores cantaban más amorosamente que en los demás árboles. Pero podía ocurrir que los faunos tuviesen mal gusto, que las flores sólo se inclinasen a causa del viento, y que los ruiseñores no entendiesen nada de la belleza de las ninfas. Una vez, saliendo del bosque, se detuvo al borde de una roca y se miró reflejada en el agua del mar que, allí, bajo el cielo azul, brillaba liso y claro como el agua de un tranquilo lago. ¡La invadió la sorpresa y la decepción! ¿Cómo podía ser tan fea hasta ese punto? ¿Eran sus cabellos esas crines verdes, húmedas y grasientas como algas? ¿Era su boca, esa gran boca de largos dientes, y su piel, esa piel de color de foca, y su oreja, esa oreja peluda de hierbas, semejante a una enorme concha? Pero el joven dios marino, que le sonreía a través del agua, asomó fuera de la ola su cabeza reluciente de espuma.

«¡Es mi cara lo que ves, dijo él, ese no es tu rostro; y si quieres saber tal como es, debes aproximarte y mirarlo detenidamente, bella dríade, en mis ojos!»

## EL EDREDÓN

La pequeña esposa y el joven esposo, tienen esta noche una gran disputa, con caricias y risas, a causa del edredón. Él, al que una ardiente sangre quema las venas e hincha el cuello, está completamente jadeante bajo la envoltura de plumón, y le gustaría apartarlo; pero ella, en su friolero pudor, se ha atrincherado allí y se aferra a él encarnizadamente con sus diez dedos.

– ¡Es tan pesado!

– ¡No, es muy ligero!

– ¡Me asfixio!

– ¡Yo tiritito!

Y así se producen, entre cóleras divertidas, largos debates, y casi una lucha en la que los felices brazos se enredan, y el grito de las imprevistas cosquillas, y la reconciliación del beso. ¡Oh, dulce combate del lecho conyugal, cuando la luna de miel todavía se eleva deliciosamente en las nubes de las cortinas del horizonte de la alcoba! Finalmente triunfa la pequeña esposa, y, bajo el acariciador sopor, se duerme, lentamente, solo con la nariz fuera de las sábanas. ¿Duerme? ¡El marido sigue con su proyecto! Poco a poco, evitando cuidadosamente reír por temor a que ella no se despierte, levanta el edredón y tira de él, lo hace deslizarse, lo empuja, lo mira extenderse sobre la alfombra en suave caída. ¡Ya está! ¡Él respira satisfecho a pleno pulmón! ¿Pero ella va a temblar de frío, sin duda, la friolera durmiente, y abrir sus párpados, y quejarse? No, en absoluto. Aunque el edredón no esté ya en la cama, ella siente una calidez que le cubre todo el cuerpo de delicias; con una sonrisa de bienestar abre su boca donde brillan los dientes radiantes; y dulcemente oprimida, sin abrir los ojos, pensativa, dice:

– En verdad que es pesado y que asfixia un poco.



## AVENTURA ROMÁNTICA

–¡Por Hércules! – dijo Valentin, –la aventura no tiene nada de quimérica. Una vez, antes del amanecer, en Nápoles, yo descendía de un balcón. ¡Naturalmente era por una escala de seda! Una vez con mis pies en tierra, enviaba algunos besos hacia la celosía entreabierta, cuando mi espalda chocó con la espalda de un hombre que, caminando hacia atrás, saludaba con un último gesto una ventana a medio cerrar, de donde colgaba, agitada al aire, una escala de seda.

–¡Eh!, exclamé yo, ¿quién está ahí?

–¡El abad Desiderio!, respondió el hombre. ¿Y tú?

–Raphaël Garuci. ¿De dónde vienes?

–De la casa de mi leona. ¿Y tú?

–¡Caramba! de la casa de mi leona.

–¿Es bonita?

–Pelirroja. ¿Y la tuya?

–Pelirroja. ¿Por qué te vas al amanecer?

–Está celosa y me rompía la cabeza. Pero, tú, ¿por qué sales tan pronto?

–¡Por la sangre de Cristo! Exactamente por las mismas razones que tú.

–¿Abad?

–¿Qué ocurre?

–Las escalas penden a lo largo de las paredes.

–¿Y?

–La oscuridad todavía es densa, y, en las habitaciones cerradas, estamos de acuerdo en que no se ve ni gota.

–¿Entonces?

–Es muy difícil de distinguiré entre las tinieblas a un hombre de otro. ¿Amas a tu amante?

–No mucho. ¿Y tú?

–Lo mismo. Abad, tengo el capricho de ir a ver a tu bella de piel tan suave como la piel de mi bella.

–Raphaël Garuci, tu bella quizás tenga la piel más suave, pero juraría que no tiene los cabellos tan largos, y quiero asegurarme de ello.

–¡No hay más que hablar!

–¡De acuerdo!

–Una última cuestión, abad. ¿Pueden dos buenos hidalgos hacer un intercambio de amantes sin que las espadas sean desenfundadas y que un poco de sangre sea derramada? ¿Qué opinas, abad?

–Pienso, Raphaël, que tendremos que cortarnos la garganta.

–¡De acuerdo!

–¡Está dicho! ¿Dónde vives?

–En el hostel de ese viejo odre de Palforio, ¡por la mula del papa! ¿Y tú?

–Yo también, ¡por las vísceras del Santo Padre!

–¡Hasta pronto, entonces!

–¡Hasta pronto!

Y yo me dirigí hacia la derecha, mientras él iba hacia la izquierda.

Se detuvo.

–Raphaël, exclamó, te falla la memoria y tu desempeñarás mal tu papel.

¿Por qué?

–Te olvidas de darme tu mantón.

–Es cierto, toma.

–Gracias.

–¿El tuyo?

–Aquí está.

–Gracias.

Él escaló el balcón de mi amante gracias a la escala de seda, y gracias a la escala de seda, yo alcancé la ventana de la suya.

–¡Buena suerte, abad!

–¡Buena suerte, Garuci!

### EL AMOR MENDIGO

Pese a ser la hija del primer alguacil de Melun, la señorita Brigitte no era amada, porque tenía unos ojos estúpidos que bizqueaban, la boca sin sonrisa y el gesto sin gracia; y no amaba porque no tenía corazón. Pero el dios Amor se apiadó de la señorita Brigitte, y, por el pecho de su madre Cipris, juró que ella poseería todo lo que le faltaba para experimentar e inspirar ternura. Con una venda en los ojos, y llevando colgado del cuello un cartel donde podía leerse: «Ciego por haber mirado demasiado la belleza de las muchachas», se dispuso a mendigar,— ¡mendigo vestido de púrpura y pedrerías!— en la puerta de los almacenes del Louvre, y tendió su escudilla de oro a las parisinas que entran y salen en un rumor de vestidos dorados. A una le pidió la mirada que tiene el color de los paraísos que él promete; a otra, la sonrisa misteriosa de las Giocondas, que encanta y desespera; a una tercera, el todopoderoso donaire por el que, un trapito de tul ondeante con un encaje tejido por las hadas, confiere a los más delgados brazos la curva suave de los cuellos de cisne. Como las parisinas no saben decir no al Amor, llenaron, con muy buena disposición, su escudilla, y él llevó las preciosas limosnas a la hija del alguacil. Ahora la señorita Brigitte es amada, pues tiene unos vagos ojos turbadores que confunden, y la sonrisa divina y cruel, y el donaire; pero sigue sin amar porque no tiene corazón. No es que el dios Amor, mendigando a la puerta de los almacenes del Louvre, haya olvidado pedir la inestimable limosna, sin la que nada vale, a las parisinas que entran y que salen en un rumor de vestidos dorados; pero las parisinas no han podido darle el corazón, puesto que jamás lo han tenido.

## ENCUENTRO

De muy buena mañana – no era todavía mediodía – el conde entró en casa de su esposa. ¿Era cierto que el día anterior, subiendo la escalera de la Comedia Francesa, ella había propinado una bofetada al Sr. de Puyroche? La anécdota había corrido como la pólvora durante la noche por el casino; pero él había mantenido una actitud prudente sin creer nada de ello.

– ¡Ha cometido usted un gran error! Es cierto que he abofeteado a ese caballero.

Sí, con su pequeña mano enguantada, en las dos mejillas, y muy bien. ¡Flic! ¡Flac! Todo el mundo pudo oírlo.

– ¿Sabe usted, Señora, que Puyroche, según lo esperado, va a pedirme razones?

– Pues bien, caballero, ¡usted lo matará!

Él sonrió, se sentó a su lado, se puso a hablarle muy amistosamente. Vamos, ella le confiaría todo, le explicaría los detalles. Él no pedía otra cosa que batirse. Un duelo no era un gran asunto. Pero todavía debía conocer el fin de la historia. ¡No quería ser ridículo, bajo ningún concepto! ¿Por qué había abofeteado a ese joven? Sí, ¿Por qué?

– ¿Tiene usted que saberlo?

– Absolutamente.

Ella le contó todo. Había sabido que el Sr. de Puyroche, a los postres de una cena de hombres, había pronunciado muy viles palabras sobre la señora de Argelies, manifestando, entre otras cosas absurdas, que esta pobre joven, flaca hasta dar miedo, estaba obligada a recurrir a los más vulgares artificios, para llenar razonablemente su blusa.

– Yo no he podido soportar que se propagase semejante rumor sobre mi mejor amiga, y, habiéndome encontrado cara a cara con el Sr. de Puyroche...

El conde se había levantado, con cólera en la mirada.

– ¡Mataré a Puyroche!

– Eso espero.

– ¡Es un calumniador!

– ¡Un descarado!

– ¡La señora de Argeles no es tan delgada!

– Bien al contrario.

– ¡Admirablemente hecha!

–Es lo que yo digo.

–¡El pecho lleno y firme de una estatua viva!

–¡Como la nieve moldeada en dos copas, y que no se funde!

Se callaron y se miraron. Ambos tenían la misma pregunta en los labios. Pero eran personas de buen gusto, que prorrumpieron a reír. Y, tras haber aconsejado a su marido no herir al Sr. de Puyroche, la condesa añadió solamente, riéndose todavía y más bella:

– Sin embargo, vaya a ver como se encuentra.

### EL AMANTE RECOMPENSADO

–¡La adoro! ¿Qué es lo que desea?

–¡Oh! ¡casi nada, todo! – respondió ella.

–¡Qué poco!

–Es mi opinión.

–Pero, dulce ángel, ¿no sabría precisar sus deseos?

–¿No sabría usted adivinarlos? En primer lugar quiero todas las flores del verano y todas las estrellas de la noche. Es lo menos que puede ofrecerme de entrada.

–Precisamente, he puesto para usted todas las estrellas en esta antología de sonetos, y todas las flores, en este libro de imágenes.

–También deseo cosas más sencillas.

–¡Usted dirá, alma mía!

–Un palacete en el Parque Monceau, construido por Garnier sobre el plano de la casa de Dioméde, y amueblado por Penon, como los apartamentos de madame de Pompadour.

–¡Lo tendrá!

–Las columnatas de la entrada serán de jade rosa, y todos los forros de los muebles habrán sido elegidas personalmente por mí en los criaderos de gusanos de seda de Taicoun.

–No hace falta decirlo.

–Quiero una docena de caballos rusos, tan bellos que nunca se habrán visto ejemplares iguales en las avenidas principescas.

–Le compraré los que fueron enganchados a la carroza imperial el día de la coronación del zar.

–¡Naturalmente, todos los vestidos, y todos los sombreros!

–Tendrá un crédito ilimitado en casa del Sr. Puck que se ha establecido como costurero en la avenida de la Opera, y en casa de la Sra. Titania que va a abrir su tienda de modas en la calle del Cuatro de Septiembre.

–Algunas joyas también, y algunas pedrerías.

–Golconde para los pendientes, Ophir para los diamantes y Visapour para los collares.

–Además, como me gustará ser amada por un hombre de talento, usted se dedicará a escribir, la más pronto posible, un cierto número de obras maestras.

–Desde mañana mismo enviaré a la imprenta un poema más sublime que *Eviradnus* y haré ensayar en el Odeón un drama más hermoso que *Formosa*.

–Como, por el contrario, puede ocurrir que tenga la fantasía de que un buen día, sea usted más infame que nunca, tendrá que extenderme un cheque en blanco donde estará perfectamente imitada la firma del barón Alphonse de Rothschild.

–Eso no es más que una bagatela.

–También solicito otros sacrificios.

–¡Ordene!

–¿Usted tiene en alguna parte, según se dice, una esposa legítima, con dos o tres hijos, y, además, una anciana madre, pobre, de la que es usted el único sostén?

–Es cierto.

–Me dará usted la satisfacción de abandonar a sus hijos y a su esposa...

–Los arrojaré a la calle a mendigar.

–... Y de no preocuparse más de su madre.

–La vieja morirá de hambre. ¿No exige nada más, mi dulce ángel?

–De momento, nada. ¡Ah! sin embargo, como no sé lo que puede ocurrir y tengo pánico a la miseria, usted tendrá a bien, sin ninguna duda, asegurarme una renta vitalicia de doscientos mil francos.

–¿Nada más?

–No, eso es suficiente.

–Y cuando yo le haya ofrecido las flores y las estrellas, el palacete y los caballos, los collares y las pedrerías, mi gloria y mi deshonra y mi esposa abandonada y la muerte de mi madre, ¿qué tendré yo a cambio de todo eso, alma mía?

–El placer de habérmelo dado – dijo ella.

### SEGÚN UNA PINTURA

Empolvada, con las mejillas rojas del colorete, – se diría que ha nevado sobre una amapola, – con una mosca posada en el seno y otra al lado del ojo, y completamente engalanada con locas cintas que vuelan, Filis ha conducido a su rebaño bajo la sombra: los inocentes corderos a su alrededor, con sus balidos, se libran a mil juegos en las altas hierbas de donde las mariposas se dispersan; y la pastora, sentada a la orilla del arroyo entre los pliegues de su falda abombada, moja en el agua uno de sus pies, descalzo, tan pequeño y rosado que parece el pico de un pájaro que bebe. ¡Está completamente persuadida de que nadie puede sorprenderla en esta soledad! Pero Tircis, en seda violeta, la acecha entre las ramas, y de pronto se muestra, animado por los más intensos furores del amor. En vano ella invoca a Diana, que defiende el pudor de las pastoras. Diana, con sus ninfas despeinadas, pasa a lo lejos sin escucharla, en el fragor de la caza, mientras que el amante, hábil eligiendo la ocasión, desgarrar el satén de la blusa y besa el satén de la piel. Pues bien, si las divinidades son sordas, Filis llamará a los hombres para que acudan a su auxilio. «¡Detente Tircis!, murmura ella, ¡detente! o pediré ayuda y algún temerario pastor vendrá y te castigará como es debido.» Él no atiende ni a las amenazas, ni a las súplicas y exclama con voz rotunda: «¡Te adoro! ¡Oh, la más bella de las pastoras!» llevando su insolencia hasta los límites más extremos. Y entonces Filis le dice: «¡Cállate!, ¡pero cállate ya! Tircis, ¡no vaya a ser que te escuchen!»



## EL INDISCRETO

La señora de Buremonde, – en su habitación negra y rosa,– bonito fondo para las blancuras, – se dispone a asearse, manteniendo entre sus dientes la camisa que va a caer, mientras otra camisa espera desplegada sobre el sillón. En un minuto – menos de un minuto, el tiempo de aparecer y desaparecer, como una náyade a flor de agua, en el cristal del espejo, – ¡la hermosa joven estará desnuda! Ya no aprieta los dientes y tiene los labios un poco abiertos; la camisa va a deslizarse... Pero la señora de Buremonde da un grito de espanto, – el grito de una golondrina que tiene miedo, – y, con la boca, las manos y los brazos, retiene la prenda. Ha adivinado, por un ruido de respiración detrás de la puerta, que alguien la acecha. Sí, ciertamente allí, en el salón, un hombre ha puesto el ojo en el agujero de la cerradura, esperando el minuto de la exquisita desnudez. Es horroroso. Y precisamente, Clémentine se ha llevado el albornoz. ¿Qué hacer? ¿Llamar? sí, enseguida. Va a tirar del cordón de la campanilla. Sin embargo piensa. ¿Quién puede estar mirándola? ¿Tal vez Bautista? Ella se ríe en silencio, y mucha piedad se mezcla con algún desprecio. Es cierto, sí, que son dignos de lástima esos pobres mayordomos. Viven en la cruel proximidad de la mujer, en la intimidad de todas sus gracias y de todos sus perfumes. ¿Bautistas? no, Tántalos. A la larga eso debe ser excesivamente penoso. Desde luego, no se sabría admitir bajo ningún pretexto, las condescendencias culpables que el Diablo Cojo reprocha a más de una mundana. ¡Puf! ¡Las muy villanas! ¿Se imaginan una extravagancia semejante? Pero, en fin, sin llevar las cosas al extremo, tal vez se podría, de vez en cuando, sin hacerlo expresamente, sino por casualidad, dar algún consuelo furtivo a esos miserables. ¡Una gota de agua para Tántalo, es mucho! Donde estaría el daño; si una blusa demasiado lentamente cerrada, si una camisa demasiado rápido caída... No, no es Bautista el que mira por el agujero de la cerradura: Ha ido a hacer un recado a casa del costurero. ¿El hijo de la vecina, tal vez? un escolar de catorce años, con brasas en los ojos, que, los días de vacaciones, se deja caer siempre en casa de la señora de Buremonde, para hurtar novelas de la biblioteca. No resulta extraordinario que esos niños miren a las mujeres con aire de resultarles placentero: se aprenden tantas cosas; en Ovidio o en Virgilio, sonrientes y medio desnudas, bajo los laureles rosas o detrás de los sauces, duermen las Venus o huyen las Galateas. La mitología les da ideas. ¿Acaso las camisetas y los brazos sin manchas de las comedias que se representan en los matinés bastan para realizar los sueños de esos jovencitos?

pues son hombres, Dios mío, ¡sí! ¿Qué éxtasis sería para ellos reconocer, de pronto, plenamente, en una deliciosa mujer sin velo, la viva quimera de los Inmortales? Puede ser también que Clémentine haya introducido, sin avisar, – es tan despistada, esta Clémentine, – un visitante, algún viejo verde compositor de madrigales, o uno de esos pretenciosos engominados, falsos e idiotas, que hacen la corte con palabras de palafreneros. La señora de Buremonde se rió abiertamente. Qué divertida barbarie, y apropiada para redoblar la rabia de los desengaños, perfecta, inolvidable. ¡Ah, qué más da! Bautista, el colegial, o el Sr. de Puyroche, ella tiene prisa, debe vestirse; además ha podido equivocarse y no hay nadie en el salón; no llama y deja escapar la prenda de sus dientes y, estatua de nieve luminosa que levanta los brazos, se queda de pie, ante el espejo, durante mucho tiempo, sin recato, en su generoso impudor. Pero de pronto se estremece, y, llena de vergüenza, se vuelve rosa por completo, de la cabeza a los pies, y huye cubriéndose con las cortinas de la cama, asustada, gritando «¡Es horrible!» pues, a un ruido de tos en el salón, ha reconocido que el indiscreto tras la puerta es su marido.

### **EL BUEN BEBEDOR**

Yo, John Knickerbocker, burgués de Londres, ventruado como un posadero de vodevil, con la nariz granulada de bonitas verrugas sanguinolentas, puedo decir que no hay un caballero en la vieja Inglaterra, ni en el continente, que se atreva a vanagloriarse de haberme visto rodar bajo la mesa. La ginebra, el brandy, el ron, la cerveza, jamás me han vencido. Cuando me preparo un lecho de buenos asados al queso, un río de alcohol puede chorrear por mi garganta sin alterarme en absoluto. Mi capacidad es incomparable. Yo bebo y contengo desmesuradamente. Si se abriese mi vientre, saldría que beber, durante todo un domingo, para todos los borrachos de Dublín. No hay más que dos personas a quien yo reconozca facultades dignas de elogios, desde el punto de vista de los engullidores de líquidos; es mi compadre Anaximandre Pounoner, un muy buen bebedor de cerveza, y *mistress* Flora Knickerbocker, mi esposa, verdaderamente notable en lo que concierne al brandy. ¡Los estimo! pero debí compadecerlos un día que llevaron la audacia hasta querer rivalizar conmigo. Apenas habían vaciado, él, treinta botellas de cerveza, y ella, cuatro botellas de aguardiente, cayeron bajo la mesa, juntos, en los brazos uno del otro. Yo seguí bebiendo toda la noche, fresco, dispuesto, imperturbable, me dio pena oírlos, de lo incómodos que estaban, emitir suspiros melancólicos y lamentos que partían el alma, que entremezclaban de besos y caricias, como personas que han perdido la cabeza. Y al día siguiente por la mañana, – realmente yo comenzaba a tener sed – todavía estaban aún tan borrachos que tuve que realizar todos los esfuerzos del mundo para hacerles comprender la inconveniencia que había por mi parte, de dejarlos acostar en la misma cama.

## EL RATÓN

En el salón jaspeado donde la ventana abierta deja entrar el olor de las rosas, entre las telas esparcidas, cintas, trenzas, penachos, ellas están agrupadas, haciendo nudos, todas las hermosas de antaño que exhalan un aire de ámbar y sacuden, a cada movimiento de cabeza, una nube de polvos de maquillaje; todas las gentiles desaparecidas que Edmond y Jules de Goncourt han hecho revivir en un libro inolvidable: la señora de Choiseul, un poco melancólica todavía por la «pasioncilla» que ha mantenido con el músico Louis; la señora de Arly, que cena con la Guimar y cuenta muy ufana los «bonitos errores» de las pequeñas casas; y esa extravagante señora de Stainville, siempre prendada de Calirvar que la arruina y la golpea; y lady Sarah Lenox, hermana del duque de Richmon, que tenía, creyéndose Lauzun, la más hermosa garganta del mundo; y la señora de Epinay, que no olvida nunca esta frase, oída una noche de champaña: «¿El pudor? ¡bella virtud! que una se cuelga con alfileres,» y la señora marquesa de Lignolles, que se ha batido en duelo, la semana anterior, con la condesa de Gèvres, por Michu, de la Comedia Italiana, y otras más, otras aún, charlando y riendo entre las sedas y las muselinas, mientras el pequeño sacerdote, en un rincón, ojea el folleto nuevo que acaba de traer el buhonero, y canturrea: «*Por un beso tomado en los labios de Iris!*» Pero, de pronto, se oye un grito: «¡Un ratón!» Sí, un ratón, procedente del jardín o procedente del despacho. Se le ha visto atravesando la habitación, a pasos muy grandes, provocando el pánico. ¿Dónde está? Ellas se levantan, quieren huir. Es un batiburrillo de vestidos asustados, un galimatías de grititos. ¡Un ratón es muy capaz de deslizarse bajo las faldas y subir por las piernas! La señora de Satinville afirma que ella lo ha sentido pasar entre sus talones. «¡Creo que ha saltado sobre mi silla!» exclama la condesa de Gévres a punto de desfallecer. La señora de Choiseul aconseja llamar al gato. «¡Ay! me muerde!» dice la señora de Arly. – ¿Dónde?, pregunta el cura. Y lady Sarah Lenox, temblando, ha perdido la cabeza al punto de abrir su blusa para ver si el ratón se ha ocultado entre sus dos senos de nieve y rosas. Y el miedo aumenta por doquier, es un guirigay de espantada, un tumulto de pánico. «¿Cree usted que son venenosos, señor cura?» Solamente la marquesa de Lignolles ha permanecido sentada, imperturbable. Es una persona valiente, que antes de adorar a Michu, no tuvo temor, según se cuenta, de afrontar la brutal ternura de dos aguerridos sirvientes, uno alemán, el otro de la Champagne. Se bajó sin prisa y,

extrayendo debajo de su falda por el rabo, el ratón que se había enredado en una ratonera de encajes, dijo: «Tanto ruido por tan pequeño animalito, y me parece que hemos visto mucho otros.»

### **JULIETTE EN LA VENTANA**

Hace ya dos largas horas – en una noche de primavera, clara, con alguna brisa – que Juliette espera a su buen amigo, entre la vegetación de la ventana, dejando caer sus mechass hacia las hojas, con el cuello inclinado, con la mirada escrutadora, y la nariz respingona como una enredadera.

Ha oído dos coches subir por la calle con un crepitar de ruedas que le hacía latir el corazón; no se han detenido ante su puerta. Un solo coche, por una cruel piedad del azar, ha hecho alto. «¡Él, es él, desde luego!» No, es el inquilino del tercero; un señor gordo cuya enorme nariz es tan roja que agujera las tinieblas como una brasa. Juliette también ha escuchado, febrilmente, el ruido de pasos sobre la calzada del bulevar, en el silencio del barrio desierto. Más de una vez ha creído reconocer... no, aquel que doblaba la esquina de la calle era un cochero de la Urbana, con sombrero de tela encerada blanca, a pie, con el látigo en la mano, o algún borracho golpeando la pared. ¡Finalmente se irrita! da un taconazo y golpea el cristal que suena a golpes de pequeñas uñas enrabiadas. ¡Precisamente había tenido toda la velada el corazón tan lleno de ternuras lánguidas, y la primavera daba a su amor tan bonitos consejos! La abandonada a punto está de llorar, pero las lágrimas que nadie ve hacen enrojecer inútilmente los ojos. ¡Cierra la ventana con violencia! ¡No importa! Puede venir o no; por lo que a ella respecta, no lo espera más.

Deambula por la habitación, despeina sus cabellos, desabrocha su blusa, toma un libro sobre la mesa de noche, al lado de la lámpara, – un libro que, por desgracia, ella leerá – deja caer su falda, se quita sus botines, hace deslizar sus medias, y en un suave roce de la tela de la camisa, se abriga entre las sabanas de la cama, de la cama desierto, de la cama fría, en la que moldea a la almohada a puñetazos, ¡furiosamente! Pero apenas acostada, oye un ruido de llave que gira en la cerradura, una puerta se abre, luego otra... ¿Él? Y Juliette, que se hace la dormida, acurrucada de espaldas a la puerta, se dice, con una sonrisilla, que el mejor medio, en efecto, para hacer venir a un invitado que se retrasa, es sentarse a la mesa.

## EL PEQUEÑO FAUNO

Al doblar el paseo del jardín, sobre su zócalo de cerámica, el pequeño fauno reía descaradamente. Cornudo, mofletudo, panzudo, reía, desnudo, el lúbrico joven dios, – siendo el que preside los acoplamientos giratorios de los gorriones en la arena, las crepitantes ternuras de las libélulas sobre los brezales, el himeneo rápido y huidizo de las ardillas a lo largo de las ramas. Pero no bastaba a su triunfo mostrar este goce animal. Temerario hasta el cinismo, desdeñoso de todo tipo de pudor, al igual que un Eros embriagado, afirmaba a pleno sol, como un signo de supremacía, su altanera virilidad; al igual que un joven rey que porta el bastón de mando. De modo que ese fauno era objeto de escándalo para paseantes decentes, y muchas no podían verlo sin enrojecer hasta las cejas o sin poder ocultar una risilla que trataban de disimular tras la arpillera rosada de sus dedos entrelazados.

Pero Berthe-Marie, la señorita del castillo, caritativa y devota, tan buena y tan pura, que acude todos los días a la iglesia donde reza y a las chozas donde practica la caridad, pasaba sin enrojecer, ni desviar la mirada ante el descarado simulacro; ella lo consideraba, sonriente, con una complacencia que asombra un poco, pero no se escandalizaba en absoluto, – en la paz de una inviolable inocencia, – teniendo en el fondo de sus grandes ojos azules, sin sueño ni turbación, la ingenuidad perfecta de una niña que le gusta mirar de cerca, tocándolas con el dedo, las imágenes de un misal. Pues ella era el mismo candor, inefablemente ignorante del mal; y, si existen sobre alguna planicie alpina lagos en el azul immaculado, donde jamás se haya visto siquiera la sombra de una blanca desnudez, sería uno de esos lagos a los que se parecería su alma.

Una mañana, la muchacha se dirigió a los bosques, con su enamorado, que era su novio. Sí, con su enamorado. ¿Por qué no? El corazón de las vírgenes también es fuente de ternura; se puede dar sin dar; y además el anillo de noviazgo no es el de Hans Carvel.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> El autor se refiere al poema de La Fontaine (1621-1695), *El anillo de Hans Carvel*, que trata del anillo que el Diablo regala a Hans Carvel a fin de obtener la virilidad para poder satisfacer a su ardiente esposa. Basado en este poema, el autor norteamericano Fredric Brown (Ohio, 1906-1972) escribió un breve cuento con el mismo título. (N. del T.)

Él era casi tan joven como ella, ambos inocentes y candorosos. ¡Esa debió ser una exquisita jornada! No se tocaban ni la mano, y tenían mucho cuidado de ni siquiera rozar sus codos; como guiados por un instinto de saberse sensitivos. Pero sus almas estaban unidas, a pesar de que sus cuerpos estaban separados. Intercambiaban pensamientos sin decirse nada, en una conversación inmaterial, alternando dísticos de una égloga angelical. En vano, a su alrededor, en el aire que el sol calienta y se evaporan ardientes olores, las ramas se rozaban unas con otras con dulzuras de caricia, el vuelo de las cantáridas de oro verde, trazaba temibles círculos mágicos, el trino del ruiseñor se extinguía, extasiado, cerca del nido, y todo el bosque, rebosante de amor, los envolvía y les daba culpables consejos de abrazo y de labios unidos; ellos iban a través de los peligros sin preocuparse de las tentaciones malas, pero tan dulces. ¡Ni una vez, ni una sola! Él no la oprimió contra su corazón, ni una vez se miraron suspirando demasiado cerca. Estaban, en ese paraíso que no querían perder, como una Eva y un Adán que no piensan en el fruto prohibido. Sí, de ese modo debió transcurrir el lento paseo, bajo los árboles, de esas dos puras criaturas, e incluso, llegaría a jurarlo, no se entretuvieron en buscar, entre el musgo, las pequeñas fresas rojas que sugieren los besos, ni a interrogar a las margaritas, esas ofrecedoras de turbadoras respuestas.

Era noche con claro de luna, cuando regresaron. Desde luego que en el fondo de sus grandes ojos azules, Berthe-Marie siempre tenía, –¿y por qué no la habría de tener?– la ingenuidad de las inefables ignorancias... Cuando pasaron delante del fauno, cornudo, mofletudo, panzudo, que exhibía su triunfo más descaradamente todavía, el pequeño dios lúbrico, semejante a un joven rey que porta el bastón de mando, ella desvió la mirada, muy rápido y se echó a reír con risillas sofocadas en el cuello de su amigo.



### LA MUCHACHA PRECOZ

La decente abuela comenzó por propinar un par de bofetadas a la pequeña desvergonzada. Luego, – mientras la chiquilla derramaba cálidas lágrimas, roja como una amapola y con las manos cubriendo sus ojos, – le dedicó una muy notable filípica. «¡Era verdad!; Así que la niña tenía un amante! Lo confesaba, se atrevía a confesarlo. Un amante. ¡A los dieciséis años! Con su aspecto de mosquita muerta, con sus ojos todavía avergonzados, – sin duda la habría acogido el buen Dios sin confesión,– ella había llegado a tal punto de desenfreno y cinismo. Hubiera parecido que no tenía en la cabeza otra cosa que su muñeca o su bebé japonés; ¡ah!, la muñeca que agradaba a la señorita era un hombre. ¡Qué vergüenza! Se la debería tragar la tierra. ¿Cómo era posible que ella, que no había recibido más que buenos principios y que había tenido en su familia el ejemplo de todas las virtudes, hubiese cometido una falta tan espantosa? No había otra explicación más que hubiese tenido el diablo en el cuerpo.» Pero lo que sobre todo exasperaba a la decente abuela, era que Louissette había logrado engañar la vigilancia que sobre ella se ejercía.

– ¡Por supuesto puedo decir que te he cuidado bien, noche y día! Desde hace tres años que estás aquí, jamás has salido sola excepto dos veces; la primera, hace ocho días –¡durante cinco minutos!– para comprar hilo y agujas; la segunda, anteayer,–¡durante una hora!– para ir a ver a tu tía en los Batignolles, que está enferma. ¡Te ha bastado una hora para convertirte en una perdida! Las más disolutas esperan a que se le haga la corte, resisten un mes, seis meses, un año. ¡Tú, tú tenías mucha prisa! ¡Ah! tunanta, en una hora, tú has...

Pero la chiquilla, que lloraba cada vez más, dijo:

– ¡No, abuela, no, usted se equivoca, no fue esta vez, fue la otra!

## LA BUENA TIA

La Señora Amédine de Trénis, – tía Amédine, como se la llamaba – se acurrucaba, regordeta y mullida, entre las sábanas bordadas con punto inglés. Iba a dormirse, con una risilla de satisfacción en los labios. ¡Había estado radiante! En la jornada, la señora de Trénis había casado a su sobrina a la que adoraba, y realmente todo había salido muy bien. ¡Cuántas personas en la iglesia! Todo París, el París importante. Talazac había cantado como los ángeles. Ahora los recién casados estaban solos, en el segundo piso del hotel, en la suite nupcial. ¡Oh! sin duda, Jane estaría feliz. A pesar de su cintura demasiada alta y su complexión un poquito demasiado pesada – con aspecto de robusto patán – el Sr. de Cardan, joven, con los ojos azules y los cabellos negros, era un muy apuesto muchacho, y pasaba por ser el más galante de los hombres. «¡Hummm! feliz, ¿lo es ya tal vez?» Tía Amédine pensaba en esas cosas con complacencia, en el suave lecho profundo que cada vez estaba más tibio. Lo que la había puesto de tan buen humor, disponiéndola para tan bellos sueños, era que ella había tenido su parte, absolutamente personal, en los éxitos de la jornada. A los treinta y seis años, una no es vieja, sobre todo cuando se es blanca, y, para la blancura, ella no se detenía ante nadie, ni siquiera ante su sobrina, de una palidez menos intensa, un poco más fría: Jane era como la nieve, «yo soy la crema»; de modo que durante la ceremonia, todas las miradas no habían sido para la novia y, en la sacristía, un hombre joven al pasar había dicho en voz baja, de un modo un poco brutal, pero no sorprendente «¡Caramba! yo me conformaría muy bien con la tía.» ¡No era desagradable! Más de uno pensaba como él. Sin ir más lejos, por ejemplo, ella a menudo había observado que el mismo Sr. de Cardan – ¡el novio! ¡casi marido! – la miraba con buenos ojos. ¡Qué hombres esos! Pero, gracias al cielo, ella estaba de vuelta de todas esas locuras. Viuda desde hacía cinco años, habiendo tomado seriamente sus responsabilidades familiares, estaba muy alejada, incluso después del matrimonio de Jane, de abandonarse a ridículas ideas; y el hombre más enamorado del mundo habría tenido los ojos azules y los cabellos negros del Sr. de Cardan...

–¡Tía! ¡tía Amédine! ¡tía!

La puerta sonaba con cortos golpes propinados por un puño, intensos, temibles, que daban la impresión de ser los redobles de un tambor.

La señora de Trénis saltó de la cama, abrió la puerta, y la recién casada, en el caos del miedo y la huida, con los cabellos despeinados y la manga del camisón subida, se arrojó al cuello de su tía, sumida en llanto y cien frases a medio pronunciar. «¡Era espantoso! El Sr. de Cardan... ¡Ah! Dios, si lo hubiese sabido... Completamente espantoso... Pero se quedaría aquí, se ocultaría aquí. ¡Oh! desde luego no volvería con su marido. Era necesario cerrar la puerta, construir una barricada con todos los muebles...» De entrada, la tía Amédine tuvo ganas de reír. ¡Esas inocentes se asustan muy fácilmente! Sin embargo cuando vio que Jane no se calmaba y seguía llorando, rechazando enérgicamente regresar a la suite nupcial, se puso seria. Recordaba historias que le habían contado. A veces los recién casados se comportan de un modo brutal, bien transportados por el ardor de su pasión, o bien que... ¡Su deber de cabeza de familia la conminaba a saber la verdad! Se envolvió con una bata de terciopelo negro que hacía resaltar la blancura del cuello y del mentón, y salió diciendo muy seriamente a su sobrina:

–Espérame, voy a hablar con tu marido.

Pero, una media hora después, cuando bajó, ya no estaba tan seria. Y con una sonrisa dibujada en sus ojos y labios, dijo a la esposa que todavía se encontraba horrorizada:

– ¡Vamos, pequeña, regresa con tu marido!

Como Jane vacilase todavía, no queriendo y negándose, la tía Amédine añadió:

– ¡Me ha dado todas las explicaciones deseables, y te juro que las equivocaciones son todas tuyas!

## EL ESCAPARATE

Mirad. El escaparate brillante al sol, y cien pequeños retratos apareciendo detrás del cristal claro que reluce. Hay arzobispos y príncipes, generales y magistrados, tenores y muchachas. Los hombres son bastante feos; las muchachas, para la mayoría, no son bonitas, pero están escotadas; compensan su fealdad mostrando la delantera. Una, demasiado gorda, sentada a horcajadas sobre una silla, fuma un cigarrillo, e inclinándose hacia delante, desborda el dosel; la otra levanta los brazos y baila como una mujer que quisiera ser divertida. Ésta que no tiene vestido, lleva, afortunadamente, una sólida coraza; aquella no lleva nada del todo. Algunas veces puede verse a Adah Menken<sup>8</sup> en camisa, sobre una roca. Esta pobre mujer, en la actualidad un esqueleto, todavía muestra sus piernas. La muerte incluso no ha podido sustraerla a la ignominia. Esto es lúgubre como un sepulcro violado, como un sudario horrorosamente levantado. ¡Pero qué es eso! Hay un saldo de fotografías de las que hay que deshacerse. El conjunto, además, es repulsivo: es el económico harén del transeúnte.

Ante el escaparate se agolpa una multitud. Allí se detiene el ocioso de cabeza hueca, en busca de una idea. Un colegial, que acaba de volver a encender su cigarro en el despacho de tabacos contiguo, se levanta sobre la punta de sus pies y contempla, con la boca abierta, guiñando el ojo; cuando se vaya, llevará en su memoria con que ilustrar, durante la noche, las funestas páginas de algún libro hurtado. En otra ocasión, un joven delgado, con el traje arrugado, sin abrigo para el frío, hace un alto ante la tienda y mira largo rato, tristemente, a todas esas mujeres que a él le parecen bellas, ¡pobre diablo, que jamás tendrá a ninguna puesto que les paga! Luego se aleja, apresurando el paso, pues la hora de entrar en la oficina ya ha pasado. Ese día trabajará mal y su noche estará repleta de malos sueños. ¿Sabe usted qué angustias pueden nacer de un solo deseo en un hombre condenado sin remisión a la miseria?

Un respetable caballero se mezcla con el grupo. Tiene cuarenta o cincuenta años; viste de un modo correcto. Su actitud indica claramente que no ha venido expresamente, sino que pasaba, eso es todo, o que espera a alguien que lo ha citado en la esquina de

---

<sup>8</sup> Adah Isaacs Menken (1835-1868), actriz, pintora y poeta estadounidense, con una dudosa reputación. (N. del T.)

esta calle. No abrirá los ojos de par en par como ese montón de patanes que lo rodean. La mirada que dirige al escaparate es perfectamente indiferente, desdeñosa; puede leerse en ella un poco de desprecio e incluso de asco. Sin embargo algunas veces sus parpados se sacuden con vivacidad, mostrando y ocultando por turno un ojo que se ilumina. Pero eso dura poco. Su sonrisa se acentúa en un gesto que evidentemente quiere decir: «Puajjj! ¡Qué horror!» y se da la vuelta, mirando todavía de reojo.

Luego llegan, con los brazos desnudos, cotorreando y riendo, las muchachas que salen del taller o que vienen de los almacenes. Usted las conoce muy bien. Son las que se encuentran en la calle a la hora del almuerzo, por parejas o por tríos, con la cabeza sin sombrero, la nariz al descubierto, una cinta atada alrededor del cuello; sus vestidos de Orleáns arrugados, muestran un dobladillo roto por los desgastes del codo, y el corsé mal abotonado está agujereado en más de un lugar por la punta negra de una ballena. Llegan, empujan, cuchichean, riendo en la nariz de la gente y, en dos segundos, helas aquí en primera fila, con la frente pegada al escaparate. No se limitan a mirar, comentan los tipos y las actitudes. Están familiarizadas con las de las fotografías. Como jóvenes letrados, para darse importancia, saludan con gesto amistoso y llaman por sus nombre a los hombres ilustres que pasan, diciendo en voz alta: «Fíjate, por ahí va Blanche!» o bien: «Mirá, es Alice.» Y se van como han venido, riendo y cotorreando, tirándose la una de la otra, y su imprudencia se parece a la impudicia. El respetable caballero se aleja al mismo tiempo que ellas. Se podría creer que las sigue si no tuviese un aspecto tan respetable.

Cuando hay estereoscopios<sup>9</sup> se hace cola. El estereoscopio, en las tiendas de fotografía, es la sala de los horrores de madame Tussaud<sup>10</sup>; lo que se oculta un poco debe ser muy interesante. Algunos espectadores insaciables ocupan mucho tiempo el puesto conquistado; a menudo hay impacientes e incluso disputas. Otras veces, el ojo sucede al ojo rápidamente, como el viajero al viajero ante la taquilla donde se compran los billetes; ¿se imaginan ustedes la decepción de un hombre que, tras haber esperado durante diez buenos minutos, ve las torres de Notre Dame en lugar de las piernas de la señorita Raymonde, o la cúpula de los Inválidos en lugar de los hombros de la señorita Deschauzas? Ayer, mientras observaba el escaparate, he advertido un estereoscopio del que la gente se alejaba muy rápido, con el aire más engañado del mundo. «Seguro que es algún monumento» me dije, y miré. No era un monumento. Era la Venus de Médicis. «Esto sí que es extraño, pues la Venus está desnuda, e incluso mucho más desnuda que las señoritas, sus vecinas,» Yo había hablado en voz alta, sin duda, pues uno de mis amigos que pasaba, me puso la mano sobre el hombro y me dijo, habiendo comprendido: «Sí, sin duda está desnuda, – ¡pero es bella!»

---

<sup>9</sup> Se trata de un aparato que presenta una doble imagen que se mezcla en nuestro cerebro como una sola, produciendo un efecto de volumen y por tanto tridimensional. Fue inventado por Sir Charles Wheatstone en 1838. (N. del T.)

<sup>10</sup> El Museo de Madame Tussaud es el museo de cera más conocido en el mundo. Posee la colección más grande de figuras de celebridades. La sede central del museo está en Londres, pero también hay establecimientos en Nueva York, Hong Kong, Las Vegas, Ámsterdam y Berlín. (N. del T.)

### AL GALOPE

La noche, en la ladera del monte, sobre la carretera descendiente, en un ruido torrencial de ramas que se rompen y piedras que ruedan, los amantes cabalgaban al galope de sus caballos presas del pánico, ¡desbocados!, y en con el aliento entrecortado por la velocidad, no cesaban de hablar:

- Nos alcanzarán – dijo él.
  - No nos importa – dijo ella.
  - Si nos matan, ¡tanto mejor!
  - ¡Oh! sí, sí, que nos maten.
  - No, no nos matarán.
  - ¿Por qué?
  - Saben que vivir sin ti...
  - ¡Oh! ¡desgracia!...
  - Me sería más cruel que morir contigo...
  - ¡Oh! ¡morir juntos!
  - Y tu marido nos respetará la vida...
  - ¡Por desgracia!
  - A tí, porque te ama.
  - Yo lo aborrezco.
  - Y a mí, porque me odia.
- Se callaron en el redoblado ímpetu de la huida.
- ¿Tú crees – dijo ella – que nos queda alguna esperanza?
  - Ninguna.
  - ¿Ni un refugio?
  - Ninguno.
  - ¿Y viviremos sin vernos?
  - Jamás.
  - ¡Bien! ¡Muramos!
  - ¡Ah! eso quiero – exclamó él.
  - Escucha. Al lado de esta carretera...
  - El precipicio se abre, enorme, espantoso.
  - ¡Hunde bien las espuelas!

–Sí.

–¡Más aprisa! ¡más aprisa todavía!

–Si.

–Y precipitémonos los dos...

–Después de tu último beso

–Tómalo.

–En la muerte.

Entonces el caballo del amante se arrojó al abismo. Pero ella, la hábil amazona, de un violento golpe de bridas, al borde del precipicio, detuvo su montura cuyas patas temblaban, e, inclinándose bajo las estrellas, miró con una sonrisa al hombre despeñarse de roca en roca tendiéndole los brazos.

### LOS TRES CAJONES

Con gesto decidido, – como una persona que a partir de este momento no fuese a cambiar de idea!, – la condesa Madéline señaló el mueble japonés de tres cajones, cuyas laca rosa y dorada temblaba a la luz de las lámparas, y, muy seriamente, la encantadora mujer dijo:

– ¡Abrid uno de esos tres cajones! y tratad de elegir bien, Valentin, pues en cada uno de ellos, he escondido una respuesta al ruego que usted no cesa de hacerme desde hace seis meses. Si usted obtiene la respuesta dulce, – la que dice: ¡Sí! – consentiré de inmediato a vuestras solicitudes. ¡Pero temed encontrar una de las respuestas malas! ¡no ve volveríais a ver!

– Por desgracia – dijo él – tengo dos oportunidades contra una. ¿Qué cruel idea habéis tenido, alma mía?

– Si debo complaceros – dijo ella – al menos tendré el consuelo de poder acusar al azar de mi falta.

Él dudó mucho tiempo entre los tres cajones. Su temblorosa mano iba de uno a otro, no atreviéndose a tirar del pequeño pomo dorado; y su corazón se encogía ante el temor de una mala elección. Por fin se decidió, con los ojos cerrados, encomendándose a la divina misericordia de las providencias. ¡Oh, qué alegría, que infinita delicia! la respuesta – una hoja de papel rosa, rápidamente desplegado, – decía la adorable palabra: Sí.

¡Tomó a Madéline entre sus brazos ardientes y la llevó completamente turbada! Ahora no había ninguna posible resistencia, – a menos que se produjera una odiosa falta a la palabra dada. Y la condesa era una persona honesta que caracterizaba por hacer honor a sus compromisos. Ella se resignó. Estuvieron juntos hasta la hora en que por la mañana, los dedos apartan la muselina de las cortinas, cuando las queridas dulzuras del amor se apagan y siempre acaban avivándose.

Sin embargo Valentin no estaba enteramente satisfecho. Tras los éxtasis lo invadió no sé yo que melancolía, notándosele en las arrugas de la frente y en los ojos.



–¡Oh!,-- preguntó ella asombrada – ¿que te falta aún, y de qué te quejas, querido ingrato?

– Hay algo que me preocupa – dijo él.

– ¿A ti? ¿con respecto a mí? ¿Lo qué?

– Yo os debo al azar, no por vuestra voluntad.

Y permaneció pensativo.

Pero entonces ella, con una gran sonrisa dibujada en los labios, respondió:

– ¡Tonto! ¡Yo había puesto la misma respuesta en los tres cajones!

## **BUENOS INFORMES**

Cuando la marquesa de Portalegre y la señora de Buremonde estuvieron sentadas en la salita malva, hubo entre los dos aseos, – uno por parte de la visita, el otro procedente de la bata de la dueña de la casa – un intercambio de ligeros perfumes; y ambas se miraban, hermosas.

–¿Llego demasiado temprano? – dijo la marquesa – Usted me perdonará. Se trata de algo un poco urgente y no la entretendré demasiado.

–¿En que puedo servirla, señora?

–Vengo a buscar unos informes.

–¡Ah! sí, ¿sobre Clementine? Una muchacha muy responsable y muy recta. Sobre todo peina muy bien. Además, ni es curiosa ni charlatana. La he despedido en un arrebato de mal humor. Desde luego, hará usted bien en tomarla. Yo ya la estoy echando de menos.

La marquesa de Portalegre contuvo una risilla disimulada.

– No se trata de su doncella.

–¡Eh! ¿De quién se trata entonces?

–Del Sr. de Marciac.

–¿Del Sr. de Marciac?

–Sin duda. ¿Le sorprende? ¿Por qué? ¿Acaso mi gestión no es muy simple? ¡Cómo! las personas más imprudentes, antes de introducir en su casa un cochero, una cocinera, un botones, exigen serias referencias, investigan, solicitan certificados, y, cuando estamos a punto de admitir un hombre en nuestra intimidad, – lo que, en definitiva, siempre es bastante serio, – ¿no deberíamos juzgar oportuno obtener las opiniones de personas bien informadas?

–¡Ah! usted va a...

– ¡Y usted está tan bien informada! Mire que pronto nos entendemos, y no hablamos del tiempo. Le confieso que el Sr. de Marciac no me disgusta. Es demasiado guapo, – ser guapo, es tan ridículo para un hombre, – tiene modales finos, se expresa con distinción, viste con mucha elegancia. En fin, no me inspira ninguna repugnancia. ¿Usted conoce el momento en el que basta un mínimo detalle para que todo se consuma? Es precisamente en ese momento en el que me encuentro. Pero antes de comprometerme de un modo definitivo, he querido verla a usted. Se rumorea que el Sr.

de Marciac ha sido uno de sus amigos durante bastante tiempo, y usted no me negará, imagino, aclararme un poco al respecto, incluso darme algunos consejos.

–¡Claro! – dijo la señora de Buremonde rompiendo a reír – naturalmente, si usted lo exige... En primer lugar, ¿sabe usted que está casado?

–Sí, sí, me lo ha dicho. Una esposa muy sencilla, que vive retirada, nada molesta. ¿Se puede pasar eso por alto?

–En lo que a mí respecta, yo no he tenido ninguna queja de ella.

–¡Magnífico!

–La persona de la que hay que desconfiar, es la pequeña Anatoline Meyer, de los Bouffes. El Sr. de Marciac nunca ha podido desprenderse de ella por completo. Está dos, tres, cuatro meses sin verla; luego la reconoce, una noche de estreno, en los coros de una opereta y... ¡crac! de nuevo vuelta a las andadas. Parece que esa criatura es extraordinaria.

–¿Extraordinaria... en qué?

–No hará falta que se lo diga. Él tiene la manía de hablar de ella.

–¡Es muy impertinente!

–¡Pero tan divertido!, ya lo verá. Además el Sr. de Marciac es quien de hacerle olvidar este inconveniente. Realmente es un perfecto caballero.

–Como debe ser. Ni mucho, ni poco. Compromete y no hace alarde de ello. Es un matiz.

– Desde luego. ¿Es pendenciero, celoso?

–No, no, al contrario, es muy adaptable. Está al corriente de las cosas. Admitiendo los flirteos. Comprendiendo perfectamente que los más bellos amores no son eternos y que una mujer debe pensar en el día de mañana.

–Es perfecto.

–Además, rico, con muy buenas relaciones, pariente de dos ministros. Llega a tener indicaciones muy valiosas sobre las fluctuaciones de los valores en Bolsa. Esto debe ser tenido en cuenta. Nuestros maridos, después de la crisis financiera, ¡son tan avaros!

–Sí, por desgracia. Pero hay algo bastante importante de lo que usted no me ha hablado. ¿El Sr. Marciac es... cariñoso?

–¿En qué sentido?

– No le ocultaré que, bajo mis frívolas apariencias, soy muy romántica, incluso melancólica. Siempre deseo encontrar un alma rebosante de ideales, como la mía.

–¡Ya! el amor de lo ideal no es precisamente la cualidad dominante del Sr. de Marciac. Pero, por el contrario...

–¡Ah! ¿en serio, lo contrario?...

–¡Todo lo que una pueda imaginarse!

–Tendré entonces que resignarme. Bueno, los informes en su conjunto no son malos.

La marquesa de Portalegre se había levantado.

–Pero – dijo de pronto – olvidaba lo principal. ¿Cuánto tiempo ha estado el Sr. de Marciac?...

–¿A mi servicio? Durante tres años, creo.

– Esto es lo que me decide por completo; me horrorizan los cambios.

–¿Qué? ¿Tratará usted de mantenerlo tanto tiempo?

–Más si puedo.

–¡Oh! entonces, debo hacerle una última advertencia. Si usted quiere que el Sr. de Marciac...

La señora de Buremonde se había inclinado hacia la visitante, y le hablaba al oído, muy bajo. ¿Qué le decía? Prorrumpieron en carcajadas.

Finalmente, en el quicio de la puerta:

–Tan solo me queda darle las gracias, señora – dijo la marquesa.

–¡Oh! ¡De nada señora!

– Pero le debo una, ¿no es así?

## LA DEVOTA

El velo cubriéndola hasta el mentón no me impedía reconocerla. Era la señora Belvelize, con toda seguridad. ¿Qué otra podía tener esa bonita sonrisa rosada y esos tiernos ojos azules, que bajo el encaje parecen una rosa y dos acianos? Además, en la portezuela del carruaje se mostraban en relieve las armas de los Belvelize. Descendió muy rápido, en un aleteo de seda negra donde tintineaba el azabache, y dijo al lacayo: «¡Que el coche espere!» y subió casi corriendo los escalones de la iglesia Saint-Roch, con un vivaracho ruidito de tacones sobre la piedra. ¡Quedé completamente sorprendido! Esta endiablada mundana, en la iglesia, ¡era algo que estaba muy bien! Levantarse a las nueve de la mañana, al día siguiente de algún baile, para venir a cumplir con sus devociones, tan temprano! Ella no era de esas que se imaginan que, para salvarse, basta haber amado mucho. El amor, – la mejor forma de la caridad,– no tiene nada reprochable en sí; pero conviene añadir un poco de oración. Después del salón, el confesionario. Después de haber sido clemente, implorar la clemencia. Y el buen Dios tiene mucho cuidado de no rechazar a quien no ha rechazado gran cosa. Pensando en eso, yo iba y venía ante la iglesia, y no tenía ninguna prisa por seguir mi camino. Lo que me retenía, era la esperanza de volver a ver pronto a la señora de Belvelize, cuando volviera a subir al coche. ¡Es tan bonita que da gusto verla! y un poco de su perfume, como una invisible flor, alcanzaría mi olfato; perfume sutil, casi culpable, santificado de incienso. Transcurrió una media hora, el tiempo de una misa. ¡Yo estaba cada vez más asombrado! La señora de Belvelize no tenía nada en común con esas beatas despistadas que despachan lo más rápido posible los asuntos de la religión y piensan, con su bonita nariz entre las páginas del misal, que si el oficiante no se apresura, van a faltar a la cita con el sastre; ¡no! ¡ella practicaba, con austeridad, por entero! y, dado que no reaparecía, era que no se había limitado a escuchar misa; se confesaba, no había duda. ¡Ah! ser por algunos instantes el director espiritual a quién ella contaba, con las manos juntas, los menudos pecados de sus flirteos y la falta más grave, pero tan encantadora, de los besos rechazados sin energía. ¿Sabría él al menos interrogarla? Yo en su lugar, mientras suben finos aromas a través de la celosía, habría insistido en los más pequeños detalles de la confesión, como habría exigido, cual casuista despiadado, que me revelase minuciosamente, todas las circunstancias del abandono, el lugar, – salón o dormitorio,– la hora. – ¡el minuto, mejor! – y si ella tenía

los brazos al aire, o si la bata, por una enojosa casualidad, había bajado un poco, justo en ese momento. Pero yo rechazaba esos reprobables pensamientos. Era muy vil regocijarse con tales pensamientos, mientras que la señora de Belvelize daba pábulo a sus deberes de cristiana. En verdad, era faltarle al respeto. ¡Pasó más de una hora! Yo estaba lleno de admiración por tan mayúsculo fervor. Mientras yo daba la gran caminata, ella lloraba sus errores, reclamaba penitencias, nunca se consideraba suficientemente castigada, encontraba el cielo demasiado misericordioso. ¡Santa almita! ¿Quién lo habría dicho? Yo me proponía informar a todo el mundo acerca de la devoción que ella ocultaba tan discretamente. Se conocería su virtud. Y aquellos que le atribuyen, con malévolas intenciones, actos impuros, estarían obligados a callarse. Habían transcurrido dos horas enteras, cuando la señora de Belvelize reapareció. No me había equivocado: había debido confesarse arrodillada y con llanto; pues su vestido de seda negra, donde tintinea el azabache, estaba completamente arrugado, y unas irritaciones de lágrimas enjuagadas enrojecían el borde de sus ojos, ¡como si hubiese tenido un pétalo de rosa en torno a cada aciano! En el legítimo exceso de mi veneración, – mientras la penitente descendía apresuradamente la escalera– iba a acercarme a ella y a felicitarla humildemente por su sagrado celo, cuando acudió a mi memoria, –¡oh!, el malvado pensamiento, – ¡que había más de una puerta en la iglesia de Saint-Roch!

## INGENUIDAD

Eulalie Bisquet, más comúnmente llamada Lila Biscuit, ¡es una pequeña actriz que monta a caballo como Pentesilea<sup>11</sup>! Pero todos están de acuerdo al decir que es de una estupidez verdaderamente notable. Más boba que Agnes, aunque desde hace tiempo espabilada sin la inocencia, tiene la imbecilidad perfecta: sería capaz de creer que los niños se hacen por el oído, – no tenía remedio. Es Lila Biscuit quien representa el papel de Nigaudina en la última comedia del teatro del Châtelet; y no una bonita muchacha, – ella es bonita, adorable, con su boca demasiado estrecha con gruesos labios rojos, – no habría podido tener un mejor rol a su medida, puesto que consiste en atravesar la escena, en el primer acto, sobre un dragón alado, y, durante el resto de la obra, mostrar la atolondrada sonrisa de una irremediable estupidez. Por añadidura ella dejaba ver sus muslos; aunque no quería. Precisamente a causa de sus piernas, y de su bella audacia de jinete, el director del circo mundano que tiene por gimnastas a millonarios e hidalgos haciendo de payaso, le propuso participar en una de las representaciones hípicas y acrobáticas que éste ofrecía a las sociedades de hombres y a las distinguidas personas que él conocía en pases privados. Ella fue muy aplaudida, y se pavoneo, aunque, regordeta, no tenía necesidad de ese aumento. Pero cuando se anunció que tendría que montar un caballo sin silla, pareció completamente turbada: estupefacta. Miraba a las personas con bonitos ojos asustados, deliciosamente tontos. ¡No, por supuesto, no, ella no haría eso que le pedían, ella no se atrevería jamás! Le gustaban otros ejercicios, pero no ese, ¡oh! ¡era imposible, ni hablar!. Para decidirla, hubo que insistir mucho tiempo, asegurarle que tendría mucho éxito, repetirle que la cosa no tenía ninguna dificultad, no sería más que un juego para una amazona hábil y valiente como ella era. «¡Puesto que usted lo quiere!», dijo ella por fin, resignada, con una mirada soñadora. ¡La noche de la representación llegó! La sala a reventar. Todos los deportistas y todas las románticas estaban allí, el Sr. de Verdélis se lanzó desde un trapecio al otro con la temeridad de un Léotard; pusieron sobre los hombros del conde de Valensole unas balas de cañón y unos

---

<sup>11</sup> En la mitología griega, Penthesilea o Pentesilia era una reina amazona. Era hija de Ares y Otrera.

pesos que hubiesen hecho decir a Atlas: «¡Un poco pesado!», y el Sr. de Puyroche, abigarrado como un Auriol, hizo unas gracias burlonas que causaron un gran regocijo a los más melancólicos. Luego cuando trajeron un semental negro, sin brida, bocado ni silla, de hocicos humeantes y que piafaba, Lila Biscuit, arrojó con un solo gesto la gran capa que la envolvía, apareciendo en el circo, a plena luz del gas, sin ninguna especie de vestido ni de velo, – no, ¡ni siquiera la transparencia hipócrita de una batista!– y sobre el caballo derramaron nieve y rosas! Lila Biscuit, este ángel, había comprendido: «Montar un caballo, – desnuda.» Pero nadie reclamó, pues era un espectáculo divino, esta bella muchacha extendida, sin ropa, tan blanca, sobre el negro pelaje brillante del caballo al galope, y la melena confundida con las crines.



### EL MUSGO DORADO

En el convento en el que Mazet de Lamporechio fue jardinero, pero antes de que hubiese trabajado en el jardín, – quiero decir en los tiempos de las primeras inocencias, – un día se propagó el rumor, sin que nadie pudiese saber su origen, que un hombre se ocultaba bajo el hábito de una de las novicias. ¡Uno de esos ángeles era un diablo! ¡una de esas ovejas era un lobo! Les dejo a ustedes que se imaginen el pavor. No se hablaba de otra cosa en el refectorio, en la capilla, en las avenidas del vergel. Eran todo rubores, temblores; no se caminaba más que con ganas de volver atrás, de huir, como en un bosque donde se supiera que merodea una gran bestia. Un hombre, ¡qué espanto!. Incluso las más íntimas amigas se miraban la una a la otra sospechando. «¿Quién sabe? ¡tal vez ella sea el hombre!» La hermana responsable del torno se convirtió en objeto del horror general, porque tenía bigote.

Pero la que se encontraba más atormentada, era una pequeña y delicada novicia, de apenas trece años, que se llamaba sor Ninetta. Los ojos enrojecidos como de haber llorado, golpeándose en todo momento el pecho, como en los remordimientos de algún gran pecado, no podía estarse quieta y emitía grandes suspiros. Si se le preguntaba: «¿Qué te pasa, sor Ninetta?» ella huía muy aprisa, sin decir una palabra, con aire de guardar algún horroroso secreto. Por fin, un día, después de haber quedado encerrada toda la mañana en su celda, fue a buscar a la superiora y le dijo, con la cabeza baja, temblando, con las mejillas como amapolas:

– ¿Sabe usted, madre, que hay un hombre en el convento?

– Sé lo que se cuenta, pero no creo nada de eso, hija mía.

– ¡Ah! madre, está usted muy equivocada al no creerlo! Es verdad que una de nosotros no es lo que parece ser.

– ¡Qué! ¿Acaso tienes alguna prueba...?

– Por desgracia sí, – dijo sor Ninetta, con la frente en las manos.

La buena abadesa, inquieta, también quedó asombrada. Sor Ninetta era la más dulce virgen; habiendo entrado muy pequeña en el convento, apenas tenía la edad en que las chiquillas pronto serán mozitas, y se podía decir que nunca había tenido en cuenta a otros hombres que al San José de largas barbas y a los Evangelistas, barbudos también, pintados en los vitrales de la capilla. ¿Cómo imaginarse que, completamente inocente, hubiese descubierto lo que había escapado a miradas más sutiles y más al corriente de las cosas?

–¡Explícate Ninetta. Cuál de entre vosotras piensas que es un hombre, es...

–¡Soy yo, madre!– exclamó la novicia anegada en lágrimas.

A esas palabras, la superiora, como era de esperar, se sintió muy tranquilizada.

–¿En serio? ¿Eres tú? – dijo.

–Yo mismo, por desgracia.

–¡Eh! sor Ninetta, ¿cómo te has dado cuenta de eso?

–Nunca me atrevería a decirlo en voz alta.

–Entonces hay que decirlo en voz baja.

Entonces, sor Ninetta, habiéndose acercado, le habló al oído, enrojeciendo cada vez más, durante mucho tiempo, mucho tiempo, y diciendo cosas tales que la abadesa, por fin, no aguantó más y rompió a reír agarrándose las costillas.

Luego, propinándole un cariñoso cachete en la mejilla, le dijo:

–Vamos, vamos, pequeña, deja de preocuparte, y créeme que no serás un hombre ¡del mismo modo que no tendrás en el mentón un pequeño musgo dorado que se riza!

### **EL SENO DE JULIETTE**

Esa noche, en la platea del Odeón, donde conversaban en susurros, muy juntos, a él lo invadió un deseo loco e irresistible de ¡ver y besar el seno de Juliette! ¡Ah! que natural era ese deseo, puesto que todos los perfumes de todas las flores del campo, los jacintos salvajes, el muguete, los narcisos, esas inocencias que tan bien huelen, – y también todos los olores de las flores menos virginales, – lis, claveles, gardenias, esas voluptuosas embriagadoras, – emanan, ¡oh joven seno!, de vuestra cálida blancura. Juliette al principio se negó, objetando las luces vecinas y las miradas indiscretas. Pero él insistió con tantos dulces ruegos, y el fondo del palco era tan oscuro, que ella acabó por aceptar. Y, al cabo de un instante, en el rincón sombrío, él acariciaba con los ojos y los labios la querida blancura que tal fragancia emitía, cuando el acomodador empujó discretamente la puerta y dijo: «Las personas que están en la platea de al lado les ruegan que no guarden ramos de flores en el palco, ¡porque el olor les sube a la cabeza!»

## EL ACTOR

Regresando a su casa después del teatro, el apuesto actor pálido, con perfil de joven romano, no pudo impedir esbozar una sonrisa, – pese a estar acostumbrado a semejantes homenajes, – en tanto que los muebles del salón estaban cubiertos por maravillosos ramos de flores, montones enormes de gardenias, suntuosas matas de lis y un enorme centro de rosas blancas que se desploman en nivea cascada. Sobre unas coronas de claveles, dos raspillas formaban las letras de su nombre, y, aquí y allá, ramilletes de violetas, – ramos de dos céntimos, enviados con una devoción más humilde, – mezclaban sus discretos ruegos a los desenfrenados votos de los más magníficos. Pues es aquel que trastorna a todas las mujeres, y turbar no hace daño.

Desde que entra en escena, – señor de satén blanco donde brillan los oros, caballero vestido de paño casi negro, – un estremecimiento de gusto y deseo asciende de vestido en vestido desde las butacas de la planta baja al tercer anfiteatro, a causa de su esbeltez, a la vez frágil y robusta, de sus ojos marrones donde nada un sueño, de sus labios semejantes a la boca de una mujer, y de sus hermosas manos, un poco largas, que mira al hablar. En los palcos, los abanicos de las mundanas oscilan con rapidez, refrescando los rubores, esparciendo la tibieza de los alientos, los pequeños bancos se derriban bajo el nervioso tic tac de los botines; el respiración agitada de las gruesas burguesas en los balcones, hincha la seda de las blusas haciéndolas estallar como un balón demasiado lleno de gas; y en el gallinero, las obrerillas aspiran imaginarios besos en la acidez azucarada de las mandarinas. A él no parece importarle la emoción que provoca. Ni una mirada de comprensión, ni un gesto de agradecimiento. Triunfa, como quien no quiere la cosa; y al orgullo de sentirse victorioso, añade el orgullo de desdeñar su victoria. Está tranquilo, con un poco de frialdad. Incluso, al objeto de que ninguna espectadora pueda darse por aludida con los apasionados arrebatos del papel, es con una voz muy engolada, sin inmutarse, que dice: «Os adoro» a la enamorada de la obra, mirando siempre sus bellas y largas manos.

Fuera del escenario, no es menos indiferente. Jamás ha respondido a las entusiastas cartas de amor, tan perfumadas como las flores, que se ocultan entre los ramos; ahora, ya ni siquiera las lee, las olvida, con el matasellos intacto, sobre el

tocador, entre el tarro de polvos blancos y la pata de liebre. Las puertas de su camerino y de su apartamento permanecen cerradas a cal y canto a todas las súplicas; los ayudantes y los criados tienen órdenes estrictas. «Las flores, sí; las mujeres, no.», dijo un día, mientras hacía relucir, en medio de una piel de gato, el nácar rosado de sus uñas. En vano, la marquesa de Portalegre lo espera todas las noches, desde hace tres meses, en su cupé, delante de la entrada de los artistas; en vano, la señora de Lurcy-Sevi le ha enviado un cofre de concha lleno de finas perlas, con una nota que decía: «No habría bastantes perlas en el mundo para enviaros, como lágrimas he derramado.»; y, en vano también, esa exquisita criatura de piel bronceada, una brasileña rubia escotada cuyos senos son naranjas, ha jurado que se mataría, sin remisión, si no obtenía de él el favor de un abrazo durante una noche. El apuesto actor pálido ha permanecido insensible; y, todavía esta noche, considera sin afecto la ternura de las flores suplicantes que atiborran el salón.

Sin embargo, en el momento de entrar en su dormitorio, se detiene a causa de un ruido, y se vuelve. Del centro de rosas blancas, acaba de salir, derribada y por los suelos, una mujer, con su cuerpo de oro cálido estremecido a través de la batista de la camisa. Es la baronesa de Villabianca. Él la mira sin sorpresa. «¿Qué desea, señora? – ¡A usted!» dice ella rodeándole el cuello con sus brazos desnudos. Pero él, rechaza la mimosa y descarada caricia, con sus largas manos, tan hermosas, de uñas claras. «Todo lo que puedo hacer por usted, señora, es rogarle que no salga a esta intempestiva hora, por el mal tiempo que hace.» Después de eso, entra en el dormitorio y cierra la puerta tras él con doble vuelta de llave. La baronesa, que tiene mucho frío, no sabe donde abrigarse, levanta el centro y se acurruca allí, tiritando hasta la mañana, en camisa, entre las rosas.

## LA INOCENTE

Ella dijo a su amiga:

– ¿He engañado a Ludovic? No lo sé. Decide tú. Estaré muy contenta si no lo he engañado. Yo iba a su casa, esa noche, querida, te juro que iba a su casa. Golpeé a la puerta pero no se abrió; había debido quedarse dormido esperándome. Pero se da la circunstancia de que yo tenía la llave. Abrí y entré. Y allí estaba yo, a tientas en la habitación. «¡Ludovic! ¡Ludovic! ¡soy yo!» No recibí una sola respuesta. Pensé: «Qué sueño más profundo» y me regocijé con la idea de la sorpresa que se llevaría cuando lo despertara tirándole de la barba. No lleva mucho tiempo quitarse un sombrero, una falda y unas medias; me deslicé en la cama, con un poco de frío... ¡Querida! ¡Un mentón afeitado! Y, mientras dos vigorosos brazos me enlazaban y una boca me cerraba los labios, yo pensé con espanto que había debido de confundir el primer piso con el segundo! Ahora te pregunto: ¿Lo he engañado?

–Por nada del mundo – respondió la amiga – No hay pecado excepto en la mala intención.

–¡Ah! ¡Qué contenta estoy! Pero, después de haber reconocido mi error, ¿no crees que quizás debería haber huido?

–¿Para dar que hablar? Eso hubiese sido actuar como una atolondrada.

–¡Ah! ¡Cómo me tranquilizas! ¿Pero tal vez no hubiese debido huir de algún modo, permaneciendo insensible en los brazos de ese desconocido?

–¿Para que se enfadase? ¿Para que se hubiese formado un escándalo? Tú has actuado muy honestamente no contrariándolo con otra medida.

–¡Ah! ¡Cómo me consuelas! Pero tal vez, los días posteriores, no habría debido detenerme en casa del vecino del primer piso.

–¿Por qué? No habiendo dejado de ser inocente, estabas en tu derecho de continuar siéndolo del mismo modo.

–¡Ah! ¡Cómo te lo agradezco! Pues, fíjate, ¡estaría muerta de pesar si hubiese engañado a Ludovic!

## LA BELLA TRAGONA

Durante su última estancia en Varsovia, el pianista Golvinat recibió, de la princesa Saratoff, una invitación a cenar. Se quedó un tanto perplejo. ¿Aceptaría, rechazaría? Desde luego, robusto, y de formas colosales, dotado por la naturaleza de un estómago difícilmente saciado, por lo común se sentía seguro de sí mismo. Pero la princesa tenía fama de ser una tragaldabas desenfrenada. Era una incomparable devoradora de las más pesadas vituallas; y nunca, hasta el presente, había encontrado un invitado capaz de hacerle sombra. ¡Esa cena sería un duelo! En el momento de medirse con tal adversaria, él vacilaba. Finalmente, el deseo de la victoria fue superior al temor de la derrota; después de haberse preparado para la lucha con dos días de una conveniente abstinencia, se rindió a la invitación de la princesa, sin demasiada preocupación, decidido a realizar esfuerzos supremos.

Ella esperaba, ya sentada, ante una mesa repleta de manjares y botellas.

Desde que la vio, él se tranquilizó completamente.

Joven como las gavanzas, más frágil que los temblorosos rosales, y tan pálida, tal vez tísica, – Ophelia en realidad, – la princesa Saratoff debía estar saciada desde el segundo servicio. Vamos, que se habían exagerado las cosas; él triunfaría fácilmente.

La comida comenzó casi sin palabras.

¡Ophélie, sí, sino Gargamelle<sup>12</sup>! Todo, todo, los pescados, las carnes, las piezas de caza, las legumbres y los densos patés también, ella los probaba, ¡probaba de todo! Asombrado, él no se amilanó. No era el momento de las vacilaciones. Había que vencer o morir. Se mostró extraordinario. Durante tres horas, – sin cambiar de plato, ¡la princesa no le daba tregua! – él engullía tantos víveres que bastarían para alimentar, todo un día, a la mitad de un regimiento en campaña. Se interrumpió durante un minuto, pero viendo que ella todavía comía, él siguió comiendo, furiosamente. Y las lonchas de salmón, las lonchas de jamón, las lonchas de paté, los zancos de pollo, las alas de perdiz, estaban en su boca como esas hojas muertas que un viento de tormenta reúne, girando en torbellinos, en un agujero. Por fin se detuvo satisfecho de sí mismo; y miró a la princesa, como un hombre seguro de su victoria.

---

<sup>12</sup> El autor se refiere a un personaje femenino en la obra *Gargantua y Pantagruel* de François Rabelais. (N. del T.)

Ella tenía la mirada llena de admiración enternecida; él se pavoneó; era cierto: ¡había ganado!

Pero entonces – mientras él respiraba, hinchado, enorme, sin poder más, – ella se levantó, abrió una puerta, indicó con el dedo a su huésped otra habitación, donde había otra mesa completamente cubierta de una abundancia de vituallas, luego, arrastrando hacia el mantel blanco como las sábanas de una alcoba, al espantado invitado, dijo: «¡Y ahora, cenemos!» dijo ella sonriendo.



## EL CUESTIONARIO

Con el sombrero puesto y el bastón en la mano, dispuesto a salir, Sylvère d'Espagnac, tras un rápido vistazo al espejo, – un apuesto muchacho, ciertamente – llamó a su mayordomo y preguntó con una cierta emoción:

–Justin, ¿el nombre?

–Clarisse, Señor.

–¿El apellido?

–Señora de Villerose.

–¿Algún título?

–Baronesa.

–¿Edad?

–Veintitrés años más o menos.

–¿Casada?

–Creo que es viuda.

–¿Dónde vive?

–En la calle de Penthièvre, 47.

–¿Piso?

–En el segundo, encima del entresuelo.

–Recapitulemos. ¿La baronesa Clarisse de Villerose, de veintitrés años de edad, viuda, viviendo en la calle de Penthièvre, 47, en el segundo encima del entresuelo?

–Eso es, Señor.

–Está bien. ¡Ah! Justin, tenga las maletas preparadas, pues si la baronesa consiente en ello, partiré para Italia con ella, esta misma noche.

Dicho esto, Sylvère d'Espagnac atravesó la antesala, bajó la escalera y subió a su coche tras haber dicho a su cochero:

–Calle de Penthièvre, 47, aprisa.

Todas las mañanas, desde hacía tres años, a la misma hora, una escena semejante más o menos, se reproducía inevitablemente.

A las preguntas de su amo, – sin ayudarse de ningún recuerdo ni de ninguna información, sin usar ninguna estratagema, – Justin debía responder un nombre, un apellido, un título, la edad y la dirección de una mujer completamente imaginaria; y

Sylvère nunca había dejado de ir al domicilio indicado, como tampoco había dejado de quedar dolorosamente contrariado cuando el portero, –¡como es natural!–respondía: «No conozco a esa persona»

¿Por qué esta comedia tan absurda en apariencia? Porque Sylvère d’Espargnac, harto de amores fáciles y de lo previsible de la vida, quería que fuese al más extraordinario de los azares, a quien deber el hallazgo de aquella de la que se enamoraría.

¿Realmente esperaba que un misterioso acuerdo entre la voluntad de la Providencia y la imaginación de su mayordomo, le permitiera, un día u otro, encontrar a la amante o a la esposa predestinada?

¡Sí!

Y este sueño le resultaba tan querido cuanto más perfectamente quimérico fuese.

Ni las bellas muchachas, que nunca se niegan, ni las hermosas mundanas, que consienten a veces, no podían disuadirle de su único pensamiento; más de una, entre aquellas que lo codiciaban perdidamente, le habían dedicado en vano, miradas o sonrisas, haciéndole la vaga y tierna señal que no prohíbe la aproximación.

¡Un único deseo! ¡Sólo uno!

Con angustias siempre renovadas, todas las mañanas, se hacía conducir a la dirección indicada por la inagotable fantasía de un mayordomo imaginativo.

El coche se detuvo. Apeándose, Sylvère temblaba en contra de su voluntad, caminando a pasos cortos, para retardar el instante de la cruel respuesta, por desgracia demasiada acostumbrada.

– ¿La Señora de Villeroze, por favor?

–Está en casa, Señor.

–¿Eh? – exclamó, dándole un vuelco el corazón– No, no, usted me ha escuchado mal. He dicho: «La Señora de Villeroze»

– Sí.

–¿La baronesa Clarisse de Villeroze?

–Exactamente.

–¿Una joven de veintitrés años aproximadamente?

–Creo que sí.

–¿Que está viuda?

–Hace dos años.

–¿Y que vive en el segundo piso?

–Encima del entresuelo.

Se precipitó, subió las escaleras de cuatro en cuatro, llamó, no se hizo anunciar, empujó una puerta, luego otra, entró en un salón y ¡cayó jadeante a los pies de una joven mujer estupefacta!

Como ella era rubia y deliciosamente bonita, – el azar se libró de detenerse en su camino de rosas, – él no tuvo en ningún momento la idea de levantarse. ¿Pronunció algunas palabras? ¿Con qué irresistible pasión le reveló, no sin añadir a la voz el gesto, sus audaces esperanzas? No lo sé. La Señora de Villeroze, a quién sin duda él no dejó de contar con algún detalle la historia de su quimera realizada, tal vez comprendió que hubiera estado loca al no asumir con buen humor, y llegar al final, la fatalidad de una tan asombrosa coincidencia; tal vez era de aquellas que resisten mal, de ordinario, las súplicas en rodillas de los hombres. El hecho incuestionable fue que, ese día, el equipaje no fue hecho en vano. Sylvère y Clarisse conocieron los queridos paseos lentos en góndola de Venecia, bajo el inmenso cielo azul, y la delicia en Nápoles, de estrecharse

abrazados en el balcón, por las noche, mientras la llama del Vesubio subía en chorros hacia las estrellas. Más prendido día a día, Sylvère era absolutamente feliz, e incluso no tuvo más que una muy leve tristeza la mañana en la que Clarisse le dijo: «¿Regresar a Francia?, como usted quiera, mi dulce amante. Pero despedirá a Justin. ¡Oh! por supuesto con una buena indemnización. Comprenderá usted que yo me sentiría muy incómoda y no podría impedir enrojecer ante ese pobre muchacho, puesto que él ha sido cómplice de la estrategia que yo he imaginado para obtener su amor, amigo mío.»

## EL AMOR POBRE

Para comprar ese ramo, el pobre diablo enamorado de la bella actriz, había suprimido, durante todo un mes, el panecillo de su desayuno en la oficina, vendido su traje negro, vendidos algunos libros, empeñado en el Monte de Piedad el único colchón de su cama de hierro, pedido prestado a todos los compañeros y renunciado por completo a los guisos y a los postres de sus cenas en las Cuatro Marmitas de la calle Lamartine. Delgado de ordinario, había llegado, – a causa de las noches sin sueño y las comidas frugales, – a estar más delgado todavía. ¡No importa! había podido comprar el ramo, – ¡un ramo de ciento cincuenta francos! «no hay nada más bonito,» había dicho la vendedora, – y hacerlo llevar, – ¡diez francos más! – al domicilio de la actriz por el portero del teatro. Ahora, las magnificas rosas, ampliamente esparcidas, semejantes a bocas de bellas gigantes, florecían cerca de la adorada. Todas las noches, desde hacía tres días, iba al teatro y preguntaba si no había una respuesta. ¡Ah! es que no se había limitado a enviar unas flores; había puesto entre las rosas una carta, una carta apasionada, sincera, donde se manifestaban todos sus deseos, donde lamentaba toda su desesperación. La primera noche, cuando el portero le respondió: «No hay respuesta », no se sorprendió. La hermosa mujer no había tenido tiempo de escribir, ni siquiera una palabra. La segunda noche ¡nada todavía! ¡Nada tampoco, la tercera! Se marchó con la cabeza baja, con ganas de llorar. ¿Ni siquiera había tenido piedad de él? ¿Ella no había sido conmovida por el relato de tantos sufrimientos, por tantas desesperadas súplicas? ¡Sin embargo él pedía tan poco! Tan solo algunas palabras: «Os compadezco» o «No os muráis» . ¡Qué cruel y miserable era con él! Subiendo por la calle de los Mártires, iba pensando en su fría habitación, en la cama ahora tan dura, sin colchón, en la cama siempre solitaria. Pero no, no, ella debía ser tan buena como bella. Si no respondía hoy, respondería mañana. Desde luego le escribiría. Tal vez dos o tres líneas compasivas. ¡Con qué tierno agradecimiento cubriría de besos la querida carta perfumada! Sí, sí, mañana. No debía desesperar. ¡Oh! No estaba arrepentido del todo por haber vendido sus harapos, de haberse empeñado, de pasar hambre, de ser tan pobre y tan delgado, puesto que tendría, gracias a las rosas compradas, ¡la incomparable alegría de ser consolado por ella! Cuando se disponía a atravesar el bulevar exterior, una vendedora de flores salió de una cervecería, una de esas mujeres que ofrecen en las mesas de los cafés, o a las portezuelas de los coches, flores revendidas a bajo precio por los porteros

o los encargados de los camerinos de los teatrillos. ¡Él emitió un grito! Marchitó, arrugado, triste, reconoció su ramo y lo compró, –¡el último franco!– y bajo una farola, con las manos temblorosas y los ojos anegados en lágrimas, encontró la carta que ella no había leído entre las rosas cuyo aroma no había aspirado.

## EL ROEL

¿Por qué capricho de Muchacha de Ojos de Oro había querido, esa noche, que el barón se pusiese la blusa encintada, con un camisón de encajes rematado en ligeros pompones, mientras ella ponía las ropas de su amante? ¡Ah! la cena sutil y loca, tan cerca de la alcoba. Con la cintura ceñida por el frac negro que aprieta, la pechera de tres diamantes inverosímilmente hinchado, el cuello almidonado subido hasta las delicadas orejas, ella llenaba las copas y bebía, atacando, con total desenfado y viriles impaciencias, al invitado disfrazado de mujer, que fingía sus pudores, y eran los labios rosados donde ni siquiera un plumón se movía, desde los que volaban besos a los bigotes.

Pero, de pronto, sonaron unos golpes en la puerta, y estas palabras de Louissette a través de la madera:

– ¡Señora, señora! todo está perdido, ¡Ha llegado el Señor! El coche se ha parado delante de la puerta. En el tiempo de subir los cuatro pisos, ¡estará aquí!

Pues todavía hay, – en el siglo diecinueve – maridos que conservan la detestable costumbre de los regresos imprevistos. En vano, muchos de entre ellos han sido advertidos, por desagradables experiencias, de los inconvenientes que casi siempre constituye tal conducta; eso no a ciertos esposos, cejar en ella; y hay un buen número de hombres, muy inteligentes en otros ámbitos, hombres de mundo, – incapaces de hacer, como se suele decir, la vista gorda, – que se deciden a meter la llave en la cerradura del domicilio conyugal, cuando se les cree a dos o trescientas leguas. Les está muy bien, y no tienen más que lo que merecen.

Sin embargo el barón y su bella amiga, a despecho de un contratiempo muy natural, no perdieron la cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, – mientras la doncella recogía la mesa de la cena, – se dispusieron a intercambiar sus vestimentas, devolviendo el frac, el chaleco y el pantalón; ella volviéndose a vestir con una prisa temblorosa con todos los encajes todas las cintas. «¡Ahora huid por la escalera de servicio!» Y cuando el marido entró en la estancia, tuvo motivos para quedar plenamente satisfecho, – ¡yo le habría deseado peor fortuna! – pues, en la silenciosa penumbra, donde moría la luz de una lámpara, no lejos de la cama intacta, en una paz de inocencia y de fiel espera, la joven esposa vestida con un camisón de encajes rematado en ligeros pompones, estaba

acostado sobre el largo diván, con los ojos cerrados, la mano colgando hacia un libro que había dejado caer, adormilada.

–¿Vos, Fabrice? ¡Vos! – dijo ella con un rictus en su rostro que se convirtió en la más bonita de las sonrisas!– ¡Qué grata sorpresa! Pero acercaos, Señor. He envejecido durante esta larga ausencia, al punto de estar completamente fea, y no desearéis besarme.

El la besó, con toda la ternura posible en un marido. ¿Qué sospechas hubiese podido tener ante ese recibimiento, ese sueño y ese acariciador despertar? ¡Ah! realmente ella era la más virtuosa y la más enamorada de las esposas. Arrodillado ante el diván, ella le acariciaba los cabellos, la barba, le besaba en los ojos, le decía dulces palabras: que ella había sufrido durante ese viaje, que había permanecido en su casa siempre, ni bailes, ni teatros, no encontrando ningún placer en las diversiones sin él, que su único consuelo había sido el pensamiento de su regreso. Él la escuchaba con satisfacción. Incluso ella estaba feliz, casi era sincera, en la alegría del peligro conjurado, en el triunfo de su hipocresía; y, con un movimiento de pasión que no era más que medio ardid, ella tomó entre sus brazos la cabeza de su marido, y la ocultó en su pecho bajo los encajes del camisón.

–¡Ay!– dijo él, llevándose la mano a su mejilla donde se dibujaba el rosado zigzag de un rasguño.

Ella adivinó, muy pálida, habiendo comprendido. Por desgracia, no se puede pensar en todo. Ella había sacado el pantalón, el chaleco, el frac, pero no la camisa con la pechera de tres diamantes; y hete aquí que el marido, siempre de rodillas, miraba con ojos desorbitados por una estupefacción, sin duda legítima, la lengüeta de tela fina donde estaba bordado en rojo un roel de barón.

### **PIERRE Y PIERRETTE**

Con las manos llenas de ramilletes perfumados, – gavanzas y rosas – las dos criaturas regresaban del bosque. Ella dieciséis años, él quince, eran tan inocentes, los pequeños enamorados, – Pierre sobre todo, Pierrette también, a pesar de los dieciséis años donde se despiertan curiosidades, donde se inquietan de instintivas esperas, – que habían cogido, esa mañana, todas las flores, y ni un solo beso. Y regresaban radiantes, ella un poco turbada; ¿por qué? no lo sabía; tal vez se sorprendiese de que él no se dedicase a otra cosa que hacer ramos y molestar a las currucas, cuando se va al bosque con su buen amigo. De pronto, Pierre tuvo un gesto de espanto. ¡Ah! ¡Dios mío! No había medios de pasar el arroyo. El viento, de una racha, o algún bromista, de una patada, había empujado la tabla de pino que franqueaba el pequeño riachuelo, y el frágil puente sin duda había sido arrastrado por la corriente; había allí una barca, pero atada a uno de los sauces de la otra orilla. La situación era muy grave. Los padres de Pierre, y los de Pierrette, que vivían en esta casa blanca y verde, allá abajo, les habían prohibido rigurosamente ir a pasear juntos solos, y sería una terrible regañina si los niños no regresaban sin pasar desapercibidos, por la puerta que daba a los campos, antes de la hora del almuerzo. ¿Dar un rodeo y llegar hasta el pueblo siguiendo la carretera principal? Ni pensar en eso a causa del tiempo que corría en su contra. ¿Atravesar caminando el río poco profundo? sí, pero ¿cómo explicar, a su llegada, los vestidos empapados? Pierrette se desesperaba con lágrimas en sus manos llenas de flores; Pierre iba y venía a orillas del arroyo con una cólera creciente. Pero de repente:

– ¡Tengo una idea– exclamó.

– ¿Qué idea? – preguntó ella.

– Me voy a meter desnudo, haré un atillo con mis ropas y alcanzaré a través de la corriente la barca de la otra orilla, me vestiré y regresaré con ella a buscarte.

– ¡Oh!–dijo ella–roja hasta la coronilla – ¿te atreverás a meterte completamente desnudo ante mí?

La objeción no era seria.

– Cerrarás los ojos o te mantendrás detrás de ese grueso árbol.

– Es cierto que podré no verte – dijo ella.



Así como fue convenido, así fue hecho. Pierre, en algunos segundos, se quitó el chaleco, el pantalón y la camisa, y, levantando por encima de su cabeza las ropas agrupadas en un montón, entró audazmente en el arroyo, mientras que Pierrette, – que había juzgado inútil ir detrás del grueso árbol – tenía sus ojos cerrados herméticamente. De espaldas a ella, él marchaba lentamente, a causa de la corriente, en la dirección de la barca. A través de la transparente agua, verde y clara, que le llegaba hasta los riñones, parecía muy esbelto aunque ya robusto, y blanco, de buena complexión aunque un poco delgado. Pero créanme cuando les digo que Pierrette se cuidaba mucho de observar ese espectáculo poco aconsejable para una muchachita.

Lejos de hacer trampas, así como se hace cuando se juega al escondite, ella juntaba los párpados con tal fuerza que su bonita cara sonrosada estaba completamente arrugada como una pequeña manzana; y estaba tan segura de sí misma, tan convencida de no ser tentada por ninguna curiosidad culpable, que no encontró ningún inconveniente en decir, en el momento en que él alcanzaba la mitad del riachuelo:

–¿Sabes, Pierre? ¡Puesto que no miro, puedes caminar marcha atrás, si eso te resulta más cómodo!

*Ahora, ¡oh, lectoras!, después de cincuenta historias, no añadiré más que una página más a estas frívolas páginas, y ya la Fantasía me aconseja otros cuentos, mientras que vuestra doncella golpea a la puerta y pregunta: «Señora, ¿quiere salir del baño?» La obra que yo soñaba digna de que sus páginas fuesen pasadas por vuestros bonitos dedos mojados, esa obra que, semejante a vuestra ensoñación, y, prolongándola sin distraerla, habría debido ser dulcemente vaga, un poco triste, y tan tierna, desde luego mundana, también poética, perversa por momentos, puesto que sois muy sutiles, casta en lo posible, porque sois en efecto muy castas, siempre amorosa, habría debido combinar los lánguidos relatos con algunas locas narraciones, pues el agua de la bañera, agitada por vuestras risas, provoca un bonito chapoteo contra la porcelana rosa encastrada o contra el níveo alabastro; esta obra, – ¡tan pequeña, pero exquisita! – no he sabido llevarla a cabo. Tal como las he contado, ¿habéis leído, ¡oh deliciosas parisinas! esas vanas historietas? ¿Caerán sobre el libro algunas claras gotitas, – perlas por haberos tocado, lágrimas por haberlas abandonado, – que salpicaréis saliendo del agua? Por desgracia, en el pequeño recinto empapelado con sedas estampadas o trenzados dorados, cerca de la bañera de donde emana todavía un vaho de aromas que es como la vaporización de vuestra tierna carne, el libro estará allí tal vez, pero – mientras que la suave tela de las toallas os acarician ante el afortunado espejo – el autor no estará.*

## ÍNDICE DE CUENTOS

El duelo.....	3
Nidos vacíos .....	5
La buena amiga .....	7
El velo.....	8
Una buena decisión .....	9
Carnaval en el pueblo .....	11
Agua que quema.....	13
La vanguardia.....	14
Juliette victoriosa.....	16
Las señoritas Menéchme .....	18
El nombre deshojado .....	19
El retrato .....	21
¡Jo!.....	23
Sus labios.....	24
Bajo los laureles rosas .....	26
En el siglo veintiuno.....	28
Los tres sombreros.....	30
La camisa de Teresa .....	31
Aventura castellana .....	33
El beso enjaulado.....	35
Égloga a la salita.....	36
La imagen que habla.....	39
El edredón.....	40
Aventura romántica .....	41
El amor mendigo .....	43
Encuentro.....	44
El amante recompensado.....	46
Según una pintura.....	48
El indiscreto.....	49
El buen bebedor.....	51
El ratón .....	52
Juliette en la ventana .....	54
El pequeño fauno.....	55
La muchacha precoz.....	57
La buena tía .....	58
El escaparate.....	60
Al galope .....	62
Los tres cajones .....	64
Buenos informes.....	66
La devota .....	69
Ingenuidad.....	71
El musgo dorado.....	73
El seno de Juliette.....	75
El actor .....	76
La inocente .....	78
La bella tragona.....	79
El cuestionario.....	81
El amor pobre .....	84
El roel .....	86
Pierre y Pierrette.....	88

Este libro se acabó de traducir en Pontevedra el día 6 de agosto de 2008